CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

D. José Cuesta, *calle Mayor*. D. Juan Diaz de los Rios. *calle de Carretas*.

CATÁLOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL, *estrenadas ultimamente en los Teatros de esta corte.*

DRAMAS
EN TRES Ó MAS ACTOS.

Los órganos de Móstoles.
Don Alvaro de Luna.
El triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El hijo del ciego.
El castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio.
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostrador.
La mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!!
Rioja.
Muger y madre.
El curioso impertinente.
La aventurera.
La pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores ó todos estan locos.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Dieo Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS
EN TRES Ó MAS ACTOS.

La Escuela de los ministros.
Al pié de la letra.
El fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo
La Flor de la maravilla
El agua mansa.
Un infierno ó la casa de huéspedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas?
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadét.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¡Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos!..
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Un ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo ó el Príncipe de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cuevas.
Gerónimo el Albañil
María y Felipe.

EN UN ACTO.

Un sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un fusil del Dos de Mayo.
Cuerdos y locos.

UN HIDALGO ARAGONÉS,

COMEDIA EN TRES ACTOS, Y EN VERSO,

original de

DON EUGENIO RUBI.

SEGUNDA EDICION.

N.º 78.

LIBRERIA DE GUESTA
CARRETAS 9 MADRID

MADRID:
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.
1856.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/unhidalgoaragons00rube

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

717612

PERSONAS.	ACTORES.
CONDESA.	Doña Matilde Diez.
LUISA.	Doña Josefa Palma.
DON JUAN	D. Julian Romea.
MARQUES	D. Pedro Sobrado.
DON CARLOS.	D. Florencio Romea.
CRIADOS, ect. etc.	D. Juan Fabiani.

La escena pasa en Madrid, en casa de la Condesa, en el año 47.—La accion principia á las doce del dia, y concluye á la misma hora del siguiente.

ACTO PRIMERO.

Salon cerrado, elegante: puerta al fondo; otras dos á los lados.

ESCENA PRIMERA.

JUAN.—CÁRLOS *por la puerta del fondo.*

JUAN. Querido Cárlos!
CARLOS. Juan mio!
JUAN. Qué felicidad!
CARLOS. Moncada,
otro abrazo!
JUAN. *(Abrazándole.)*
Y mil y mil;
que no bastan las palabras
para espresar lo que siente
en este momento el alma.—
Pero sabes que te encuentro,
si la vista no me engaña,
bastante desmejorado?
CARLOS. Aprension!
JUAN. Ah, buena alhaja!
sin duda mas que los libros
estudiarás tú las gracias
de la viuda. Eh?

CARLOS. Hombre, cá!
JUAN. Ya lo veo! Una muchacha
que es jóven, Condesa, rica...
Y prima! Que es circunstancia...
CARLOS. Pues te aseguro que la amo
como se quiere á una hermana.
JUAN. Vamos!...
CARLOS. Palabra de honor.
JUAN. Lo creo. Si eres un mándria!
CARLOS. Y qué quieres?
JUAN. Tiene amantes?
Aspira alguno á esa plaza?
CARLOS. Hombre, hace tan poco tiempo
que resido en esta casa...
Ahi viene uno, quien parece
que la obsequia con constancia.
JUAN. Y qué clase de?...
CARLOS. Un Marqués...
diputado por Pastrana.
JUAN. El Marqués de Valdermosa?
CARLOS. El mismo que viste y calza.
Hombre fino, muy galante...
JUAN. Pues me alegro.
CARLOS. Sí?
JUAN. Oh! En el alma.
Hace tiempo que deseo
encontrarme cara á cara...
CARLOS. Estais reñidos?
JUAN. De muerte.
Es enemistad que data
de muy atrás; de familia.—
Pero esa señora le ama?
CARLOS. Hombre, eso...
JUAN. Bien: me es igual.
Ya verás la que se arma.
Hoy me vas á presentar
á la Condesa, sin falta:
desde ahora me declaro
su rival, porque me carga.
Supongo que tú no abrigas
con respecto á doña Clara
ninguna intencion?
CARLOS. Ay, no!

JUAN. Pero, hombre, qué tienes?
CARLOS. Nada.
JUAN. Imposible! Esos suspiros...
CARLOS. Ah!
JUAN. Pues! Vamos, qué te pasa?
CARLOS. Cuando te digo que...
JUAN. Cárlos,
perdí ya tu confianza?
CARLOS. Me ofendes, Juan.
JUAN. Pues entonces...
CARLOS. Te vas á reir.
JUAN. Qué niñada!
CARLOS. Dí mas bien una locura
que me consume y me abrasa.
JUAN. Estás enfermo?
CARLOS. De amor!
JUAN. Muchacho!
CARLOS. Sí, Juan; su llama
la siento aquí siempre viva,
ora suave y fantástica
me presente allá á lo lejos
la celestial esperanza,
ora abrase mi ilusion,
ay! devoradora y rápida.
JUAN. Calla! Y quién es?...
CARLOS. No lo sé.
JUAN. Pero bien: cómo se llama?
CARLOS. No lo sé.
JUAN. Pero es de aqui?
CARLOS. No lo sé.
JUAN. Pues, calabaza,
de quién te has enamorado?
CARLOS. Ay! de un ángel, de una...
JUAN. Vaya,
hablemos claros, Carlitos;
ese angelito sin mancha,
es de carne y de hueso?
CARLOS. *(Picado.)*
Juan,
todo lo tomas á chanza.
JUAN. Pero hombre...
CARLOS. Escucha y verás
cuan fatal es mi ignorancia.

Hará cosa de diez dias
que tranquilo yo bajaba
hácia el Prado, cuando al ir
á atravesar la distancia
que media entre la Cibeles
y el otro estremo de plaza,
veo venir hácia mí
á dos yeguas desbocadas,
arrastrando en su carrera
y entre el polvo que levantan
un magnífico *landéau*.
Inútil es la eficacia
del conductor; sus esfuerzos
se estrellan contra las bravas
sacudidas de las bestias
que de cada vez avanzan
mas y mas hácia la fuente.
Ya no distan quince varas
del peligro, qué? un segundo...
cinco ó seis vueltas escasas;
y bestias, cochero, y coche,
contra las piedras se rajan.
Yo entonces, sin precaver
el riesgo á que me llevara
mi deseo de hacer bien,
me lanzo con mano rápida
á la yegua de la izquierda;
la sujeto por sus anchas
narices; la noble fiera
siente mis uñas clavadas
en su carne; se encabrita,
cabezea y sopla airada;
pero por último cede
al dolor que sufre y para.

JUAN. Ya respiro!

CARLOS. Abro en seguida
la portezuela. Ay, Moncada,
qué espectáculo!

JUAN. Algun muerto?

CARLOS. Dos señoras desmayadas.

JUAN. Jóvenes por supuesto?

CARLOS. Una
de edad bastante avanzada;

pero la otra... ah!

JUAN. Linda eh?

CARLOS. La otra, Juan, era Diana
que á la sombra de un vergel
dulcemente reposaba.
Rocío su bello rostro
con algunas gotas de agua,
y poco á poco se agita
su seno de azul y plata:
abre los ojos en fin,
y atónita en mí los clava.
No tema usted, señorita,
yo la dije, está usted salva.
En esto llegan las gentes
que hasta las nubes ensalzan
mi arrojo... ¡Oyeras entonces
á aquella hermosura pálida
mostrarme su gratitud!

JUAN. Era un deber.

CARLOS. Ay Moncada!
Cómo esplicarte el sonido
de aquella voz que arrebata!
El mirar de aquellos ojos!

JUAN. Pero bien, hombre, y qué?

CARLOS. Nada.
Que arreglado el carruaje,
despues de darme las gracias,
marcharon de allí, dejándome
inmóvil como una estátua.

JUAN. Y no supiste quién era
la incógnita desmayada?

CARLOS. No.

JUAN. Ni preguntaste?

CARLOS. A quién?

JUAN. A los lacayos.

CARLOS. Estaba
tan sumamente aturdido...
solo recuerdo las armas
que habia en la portezuela...
me parece que eran fajas...
y una corona ducal.

JUAN. Aventura aristocrática!

CARLOS. Desde entonces no la he vuelto

á ver mas por mi desgracia!

JUAN. Animo, hombre! No te aflijas;
procuraremos buscarla.

CARLOS. Ah!

JUAN. En Madrid todo se encuentra.
(Mirando el reloj.)
Pero diantre!

CARLOS. Qué, te marchas?

JUAN. Sí.

CARLOS. Tan pronto?

JUAN. Son las doce,
y tengo una cita dada.

CARLOS. Yo tambien...

JUAN. Vas á salir?

CARLOS. Sí; pero...

JUAN. Pues vamos, anda.

CARLOS. Espérame aquí un momento.
Voy á tomar unas cartas,
y vuelvo al punto.
(Váse.)

JUAN. No tardes.

ESCENA II.

DON JUAN.—CONDESA *poco despues.*

JUAN. Pobre Carlos! Me dá lástima!
Tan tímido como bueno,
cualquier cosilla le espanta!
Si parece un colegial!
Ya se vé, es tan corto!

CONDES. *(Aparte.)*
Calla!
Quién será este?
(Saludando.)
Caballero...

JUAN. Servidor.
(Aparte.)
(Preciosa estampa!)

CONDES. *(Con amabilidad.)*
No sé á qué debo el honor
de ver á usted por mi casa.

JUAN. Señora, el honor es mio.
Me llamo Juan de Moncada
y Florida...
CONDES. Diputado?
JUAN. De la oposicion.
CONDES. Bien. (Vaya!!)
JUAN. Intimo amigo de Cárlos,
y servidor de usted.
CONDES. Gracias.
JUAN. No es estraño que dé alguna
quien como usted tiene tantas,
aun á trueque de una oferta,
bien humilde por desgracia.
CONDES. Nada de eso.—(Qué espresivo!)
JUAN. (Esta señora me agrada.)
CONDES. *(Invitándole á que se siente.)*
Sírvase usted...
JUAN. Sí, por Dios;
desairar tan linda dama,
fuera un agravio que nunca
yo mismo me perdonára.
CONDES. Hace mucho que está usted
en la corte?
JUAN. Dos semanas.
CONDES. Poco habrá usted visto de ella.
JUAN. Hasta qui muy poco ó nada;
mas viéndola á usted, señora,
ver ya mas no me hace falta.
CONDES. Galante es usted, don Juan!
JUAN. Es mi corazon quien habla.
CONDES. Pobre corte, si en su seno
otras cosas no se hallaran
mas dignas de admiracion!
JUAN. Lo dudo!
CONDES. Oh!
JUAN. En fin, será exacta
su respuesta; pero yo,
hasta tanto que esas raras
maravillas no me prueben
que mi opinion no es fundada,
insisto en creer que usted
es su mas preciosa alhaja.
CONDES. Ya mudará de opinion!

JUAN. Está usted equivocada.
CONDES. (Pues el don Juan es de temple!)
JUAN. (Cuando digo que me encanta!)

ESCENA III.

Dichos.—DON CÁRLOS.

CARLOS. *(Saliendo.)*
Cuando quieras, Juan.
CONDES. Carlitos,
se vá usted?
CARLOS. Si no me manda
otra cosa...
CONDES. Usté es muy dueño...
(Mucho siento que se vayan!)
JUAN. *(Aparte á Cárlos.)*
Es la Condesa?
CARLOS. Sí.
JUAN. (Pues
vale mas que media España!)
CARLOS. Presento á usted á don Juan...
CONDES. Cárlos, ya estoy informada
de que es muy amigo suyo.
Tan bello título basta
para que lo sea mio.—
Señor don Juan, esta casa
está á su disposicion:
el que usted se sirva honrarla...
JUAN. Señora, tan grande obsequio
colma toda mi esperanza:
procuraré aprovecharme
de oferta tan cortesana.
Ya sabe Cárlos que yo
carezco de esa farándula
de etiquetas y cumplidos;
pero si por una rara
casualidad necesita
algun dia á Juan Moncada,
suplico á usted que no olvide
que es la dueña soberana
de todo cuanto posee.

CONDES. Caballero...:
JUAN. *(Aparte á la Condesa.)*
Hasta de su alma!
CONDES. Ay Jesus!
JUAN. Lo dicho.
CARLOS. (Bravo!)
JUAN. Y que no es baladronada.
Porque ha de saber usted
que Florida no se alaba
de cosa que no haya hecho,
que no pueda hacer, ó no haga.
CONDES. Como buen aragonés!
JUAN. Y como hombre de palabra,
A los piés de usted, Condesa.
CONDES. Señor don Juan...
JUAN. *(Aparte.)*
Huy qué cara!
Esta señora me ha puesto
la cabeza trastornada!

ESCENA IV.

CONDESA.

Donoso es el diputado,
aunque un poco original!
Ello, se esplica algo mal...
pero en cambio me ha gustado
su lisura, su nobleza,
ese modo de decir...
Y es preciso convenir
que al través de esa franqueza
se nota mucha hidalguia,
desinterés sobre todo.
En Madrid tal vez su modo
no guste á la mayoria
de esas mujeres que el son
de estudiadas espresiones,
y gestos y contorsiones,
halaga su corazon.
Pero á mi que ya dejé
de creer esos embustes,

ni me halagan, ni hago ajustes
mas que con la buena fé.—
Y es buen mozo!... Sí por Dios!
Buen mozo completamente!
Vamos, decididamente
simpatizamos los dos.

ESCENA V.

CONDESA.—LUISA.

LUISA. Felices, querida mia.
CONDES. Luisa!
(Se besan.)
LUISA. Dime que no tengo
palabra.
CONDES. Ya es hora!
LUISA. Vengo
á pasar contigo el dia.
CONDES. *(Abrazándola.)*
Oh! Nuevas tan placenteras
solo se pagan así.
LUISA. Albricias que para mí
son, Clara, muy lisonjeras.
CONDES. Pero aun no te he preguntado...
Te has repuesto enteramente
del susto?
LUISA. Completamente.
CONDES. Lance fué bien apurado!
LUISA. Pues sigo sin novedad.
Al principio estuve... así...
delicadilla... Oh! creí
pasar una enfermedad.
Mas pudo la juventud
vencer la fiebre traidora,
y aquí me tienes ahora
llena de vida y salud
y exenta de maleficio.
CONDES. Gracias mil, Luisa querida,
al que arriesgando su vida
te salvó del precipicio.
LUISA. Sí, gracias á su eficacia.

No lo olvidaré jamás!

CONDES. Y no le has vuelto á ver mas?

LUISA. No, Condesa.

CONDES. Qué desgracia!
Cuando tú precisamente
tendrias sumo placer
en hallarle...

LUISA. *(Con afectada indiferencia.)*
Ps...

CONDES. En saber
si conserva allá en su mente
la sonrisa melancólica
de la bella...

LUISA. Mujer! no...

CONDES. Que tan á tiempo salvó.
No es verdad?

LUISA. Eres diabólica!
Ahora iria él á pensar
(ay, quién sabe!) en mi sonrisa.

CONDES. No se olvidan nunca, Luisa,
esos encuentros de azar.
Mas si tiene el servidor
buen talante y talla erguida,
como tiene la servida
un rostro así... encantador...

LUISA. Sin duda hoy te dió el Marqués
lecciones de suspicacia.

CONDES. El Marqués?

LUISA. Sí.

CONDES. Vaya en gracia!
No le he visto.

LUISA. Vamos...

CONDES. Pues
es la verdad.

LUISA. Sí? Qué oprobio!
Tan tarde y sin venir? Oh!
Es una falta que yo
no pasaria á mi novio.

CONDES. *(Riéndose.)*
Novio?

LUISA. Qué desatencion!

CONDES. Ay querida! Me parece...

LUISA. Qué?

CONDES. Que el Marqués no merece
esa calificacion.
LUISA. Ahora sales con esa!
CONDES. Eh, por Dios! Si nunca ha sido...
Yo no sé por qué has creido
tal disparate.
LUISA. Condesa!
CONDES. Es cierto que me ha mostrado
hasta aquí un vivo interés;
pero si le escucho, es
por pura razon de estado.
Porque no puedo, y lo siento,
decirle que me molesta,
sopena de verme espuesta
á un amargo rompimiento.
LUISA. Pues qué temes tú, que asi
sufres á ese caballero?
CONDES. Temo que si le exaspero
puede vengarse de mí.
LUISA. Vengarse de tí el Marqués!
Condesa, parece cuento.
CONDES. Él conserva un documento
del año cuarenta y tres,
con el que puede, seguro,
si yo me mostrára esquiva,
hacerme guerra aflictiva
y ponerme en un apuro.
Consta en él como recibo
con toda autorizacion,
que yo le debo un millon
pagadero en efectivo.
Deuda que el difunto Conde
contrajo con Valdermosa
en una demanda odiosa
que tenia... no sé dónde.
De aquel año acá han pasado
otros tres, dia por dia,
sin que hasta hoy, Luisa mia,
ni aun me lo haya recordado.
LUISA. Vamos!
CONDES. Mira tú si á quien
de tal modo soy deudora,
estaria bien que ahora

le tratara con desden.

LUISA. Ciertamente, son razones...
Pero dí: y si por acaso
te ostigase...

CONDES. En ese caso
no faltarán evasiones
que, sin herir el amor
propio del galan Narciso,
me saquen del compromiso
quedando á salvo mi honor.
En fin, Luisa, abandonemos
ese cuidado al destino:
Dios nos abrirá camino
cuando menos lo pensemos.
Y si no, traslado al lance...
y al jóven...

LUISA. *(Con candor.)*
Quieres callar?

CONDES. No te gusta recordar
el venturoso percance?

LUISA. Eh!—Pero á todo esto, dí:
cuándo cumples tu promesa?

CONDES. Cuál?

LUISA. Qué memoria, Condesa!

CONDES. Pues no sé...

LUISA. Y tu primo?

CONDES. Ah! Sí.

LUISA. Aun no he tenido el honor
de verle, ni...

CONDES. Eres fatal!

LUISA. Cómo! Ha salido?

CONDES. Cabal.

LUISA. Tambien hoy!

CONDES. Sí.

LUISA. Pues señor,
siempre está fuera de casa:
no le voy á conocer.

CONDES. Sí, no tardará en volver,
y de hoy, Luisa, no pasa.
Ya verás qué lindo page.

CRIADO. La modista espera á usía.

CONDES. Allá voy.
(Se retira el criado.)

Ven, Luisa mia.

LUISA. Esperabas algun trage?

CONDES. Y de fondo primoroso.

LUISA. Sí?

CONDES. Tiene un viso...

LUISA. De qué es?

CONDES. Ya lo verás tú despues.

LUISA. Ay, vamos, será precioso!

(Luisa se marcha precipitadamente por la derecha: la Condesa la sigue, pero un momento antes de entrar aparece el Marqués en la puerta del fondo, el cual viendo que la Condesa se disponia á salir de la escena, se queda parado.)

ESCENA VI.

CONDESA.—MARQUÉS.

MARQ. A los piés de usted, Condesa.

CONDES. Señor Marqués, adelante.

MARQ. Si estaba usted ocupada...

CONDES. No... sírvase usted sentarse.

MARQ. *(Bajando á la escena.)*
No quisiera incomodar.

CONDES. Ay Jesus, qué disparate!
Incomodar un amigo,
y amigo tan apreciable!

MARQ. Oh!

CONDES. No se hace usted justicia.

MARQ. *(Sentándose.)*
Gracias, Condesa; usted sabe
realzar de tal manera
aun las cosas mas triviales,
que no estraño que me llegue
á mi vez su buena parte.

CONDES. Al menos, Marqués, me precio
de justiciera; y no es dable
que la que de tal se precia
contra su conciencia falle.

MARQ. Es decir, que usted encuentra
en mí algunas cualidades
dignas de estimacion?

CONDES. Muchas.
Usted es atento, afable,
buen amigo, muy juicioso...
MARQ. Suplico á usted que no pase...
CONDES. Cómo?
MARQ. El juicio hace ya tiempo
que he dado con él al traste.
CONDES. Oh, no es creible!
MARQ. Condesa,
por ventura está ignorante
del estado en que me han puesto
sus hechizos?
CONDES. (Cambió el aire!)
MARQ. Dos años de sufrimientos,
de puro amor, incansable:
para perder la razon,
diga usted, no son bastantes?
CONDES. No, nunca hay razon, Marqués,
para llegar á ese trance.
MARQ. Ah señora! No es posible,
ni creo que en lo humano cabe,
aspirar el aura pura
que sus encantos esparcen,
sin sentir cómo en las venas
corre fuego en vez de sangre.
CONDES. Muy bien! No dirá usted ya
que yo sola doy realce
á las cosas; porque usted...
MARQ. De lo que digo es garante
mi corazon.
CONDES. No lo dudo.
MARQ. En fin, Condesa, usted sabe
con cuánta ternura la amo,
que mas de dos años hace
no tengo otro pensamiento
que el de su divina imágen.
Puede esperar, bella Clara,
mi cariño incontrastable
el premio de su constancia?
Pueden, en fin, mis afanes...
CONDES. Pero, Marqués, no le he dicho
que necesitan pensarse
mucho y mucho estos asuntos?

MARQ. Sí; mas es indispensable
que todo acá tenga un término.
CONDES. Ay, qué prisa por casarse!
MARQ. Y usted piensa tan despacio!
CONDES. Ya! como ustedes... (Qué mate!)
no tienen cavilaciones,
ni nada de que ocuparse...
Yo le quisiera á usted ver
solo, como yo, un instante,
lidiando con mayordomos,
disponiendo en todas partes,
aun de aquellas cosas que
son casi insignificantes...
MARQ. De eso usted tiene la culpa.
Esa pintura que me hace...
CONDES. A propósito, Marqués:
don Juan de Paula Duarte
me ha remitido unos cuadros,
segun él dice, admirables.
Quiere usté hacerme el obsequio
mientras yo examino el trage
que me trae la modista
de verlos?
MARQ. *(Escusándose.)*
Oh, mi dictámen...
CONDES. Es para mí de gran peso.
MARQ. Condesita...
CONDES. De Velazquez
dice que son dos.
MARQ. No dudo...
CONDES. Y otros dos de Juan de Juanes.
Venga usted, y los verá.
MARQ. (Esto en plata es un desaire!)
CONDES. (Parece que no le gusta
al señor Marqués el arte!)
MARQ. Obedezco pues, Condesa.
CONDES. Es usted lo mas amable!
MARQ. Gracias.
(Aparte.)
Despues lo veremos!
CONDES. *(Idem.)*
Por ahora salí del lance!
(Se retiran por la derecha.)

ESCENA VII.

CÁRLOS, *en la puerta del fondo dando órdenes á un criado.*

CARLOS. Don Juan Moncada y Florida
en cuanto llegue, que pase
al momento.
CRIADO. Está muy bien.
(Se retira.)
CARLOS. *(Bajando.)*
Vaya, es mucho Juan! Qué arranques
tan particulares tiene!
Vea usted, en dos instantes
que ha hablado con la Condesa,
qué pasion tan fulminante
se le ha encendido en el pecho!
Y no es cosa de chancearse,
que está perdido por ella,
muy resuelto á declararle
el amor que le ha inspirado...
Sí, bueno tiene el carácter
para andarse con rodeos,
gastando pólvora en valde!—
Pues tarda en volver á casa!

ESCENA VIII.

CÁRLOS.—LUISA *lanza una esclamacion al ver á Cárlos que á su vez queda estupefacto de ver á Luisa.*

LUISA. Ah!
CARLOS. Dios mio!
LUISA. Caballero...
CARLOS. (Es ilusion!)
LUISA. *(Aparte.)*
Pero... pero...
si no sé lo que me pasa!
CARLOS. Señorita, son antojos

de mi acalorada mente,
ó es cierto que realmente
la vuelven á ver mis ojos?
Hable usted, por compasion!
ó pensaré, aunque la veo,
que es hija de mi deseo
tan hermosa aparicion.

LUISA. *(Cortada.)*
Caballero... no adivino
cómo le encuentro aquí ahora.

CARLOS. Algo hay de estraño, señora:
pero sin duda el destino
á quien tanto he suplicado
en mi amargura sin tasa,
hizo que volviera á casa
á tiempo tan fortunado.
Juzgue usted de mi sorpresa...

LUISA. *(Con viveza.)*
Vive usté aquí?

CARLOS. Ciertamente.

LUISA. Conque usted es el pariente?...

CARLOS. Soy primo de la Condesa...

LUISA. *(Lanza involuntariamente una esclamacion de alegria.)*
Ah!

CARLOS. Lo sabia usted?

LUISA. No!

CARLOS. Que humilde besa sus piés.

LUISA. Caballero...

CARLOS. *(Aparte.)*
Qué hermosa es!

LUISA. Bien distante estaba yo,
mucho mas ahora me obliga,
de pensar que á quien debiera
favor tan grande, pudiera
ser un primo de mi amiga.

CARLOS. Usted su amiga? Oh fortuna!

LUISA. De colegio.

CARLOS. (Hoy es completa
mi felicidad.)

LUISA. Soy nieta
del Duque de la Laguna.

CARLOS. (Dios me ayude! Esto es un sueño!)

Luisita Vargas Sesé?

LUISA. Muy servidora de usté.

CARLOS. *(Con fuego.)*
Diga usted mas bien mi dueño.

LUISA. *(Con timidez.)*
Caballero...

CARLOS. Oh, por piedad!
No tema usted que mi labio
pueda causarla un agravio
en su inocente ansiedad.
Mi dicha es grande, sin fin!
Pero es puro mi placer,
como es puro el rosicler
de sus labios de carmin.

LUISA. Y yo el parabien me doy
de haber encontrado ahora
á quien por siempre deudora
de favor tamaño soy.

CARLOS. *(Gozoso.)*
Ah!

LUISA. Si antes su arrojo noble
en mucho aprecio tenia,
desde hoy...
(Arrepintiéndose de lo que iba á espresar.)

CARLOS. *(Trasportado de emocion.)*
Qué, señora mia?

LUISA. Mi gratitud será doble.

CARLOS. Oh dicha! Perdon!

LUISA. De qué?

CARLOS. Soy un loco, un insensato...
Ya de ocultarlo no trato,
ni fuera posible á fé.
Yo la adoro!

LUISA. Jesus!

CARLOS. Sí,
con frenética locura:
mas culpe usté á su hermosura,
y no me culpe usté á mí.
No fué dado á mi virtud
salvarla la vida un dia,
sin dejar desde él la mia
en eterna esclavitud.
De entonces, señora, acá

su imágen me ha perseguido,
y por do quiera que he ido
constante conmigo va.
Siempre aquí, en el corazon,
la guardo pura y hermosa...
(Se arroja á sus piés.)
no desdeñe usté enojosa
la ofrenda de mi pasion.

LUISA. *(Azorada.)*
Qué hace usted?

CARLOS. Si le interesa
un cariño...

LUISA. Caballero!...

CARLOS. Y mi vida y mi...

LUISA. *(Confundida.)*
Bien; pero...
(Si llegara la Condesa!)

ESCENA IX.

Dichos.—JUAN.

JUAN. *(Desde el fondo.)*
Magnífico!
(Cárlos se levanta precipitadamente y se marcha á un estremo del teatro. Luisa en el otro avergonzada.)

LUISA. (Ah!)

CARLOS. (Bien estamos!)

JUAN. Pecador!

CARLOS. *(Angustiado.)*
Juan!

JUAN. *(Voceando.)*
Qué delito
es el tuyo? Dí; qué has hecho
que pides perdon sumiso?

LUISA. *(Aparte asustada.)*
Quién será este?

CARLOS. *(Bajo á Juan.)*
Ten prudencia!

JUAN, *(Idem á Cárlos.)*
A cuántas quieres, Carlitos?

CARLOS. (*Bajo á Juan.*)
Hombre!
LUISA. (*Aparte.*)
Ay, me mira!
JUAN. (*Mirando á Luisa.*)
Y á fé
que el confesor es bien lindo!
CARLOS. (*Aparte.*)
Será capaz...
JUAN. Señorita...
tanta hermosura...
CARLOS. (*Aparte.*) No digo!
JUAN. Es imposible que oculte
un corazon vengativo.
LUISA. Caballero!...
JUAN. Ya supongo
que usted tendrá sus motivos.
LUISA. Yo no!
JUAN. Vamos!
CARLOS. (*Apurado.*) Juan!
JUAN. Silencio!
CARLOS. Pero...
JUAN. Que calles, repito.
LUISA. (*A Juan.*)
Advierta usted que no es justo...
JUAN. No. Qué ha de ser!
CARLOS. (*Aparte.*) Qué suplicio!
JUAN. Al contrario; es muy mal hecho:
pero si está arrepentido,
qué ha de hacer usted, señora?
Véale usted.
(*Señalando á Carlos.*)
CARLOS. (*Enfadado.*)
Juan!
JUAN. (*Bajo á Cárlos.*)
Celillos?
(*Siguen hablando aparte Juan y Cárlos.*)
LUISA. (*Aparte.*)
Qué vergüenza! Habrá pensado...
JUAN. (*Alto á Cárlos.*)
Calavera!
LUISA. (Ay!)
(*Váse por el fondo corriendo.*)

CARLOS. Te repito
que estás en un error.
JUAN. Sí?
Señorita... Calla! Se ha ido!
CARLOS. *(Desesperado.)*
Pues, con tus malditas chanzas...
(Se marcha por la derecha.)
JUAN. Hombre, atiende; no seas niño.
CARLOS. Eh! déjame en paz.

ESCENA X.

JUAN.

Soberbio!
Se largaron! Háse visto?
Desbandarse de ese modo
porque los halla un amigo
diciéndose cuatro flores!
Al cabo y al fin chiquillos!
Pero dejando ahora á un lado
sus enfados y sus mimos,
bueno será que yo piense
en el cómo participo
mi pasion á la Condesa.
Pero qué pasion! Yo mismo
me asusto de amar asi
de un modo tan positivo.
Y no hay que decir que ahora
consecuente á mi principio
de hacer la guerra al Marqués,
la quiero así, por capricho,
por tema... no, que la adoro
con frenesí, con delirio;
como tres y dos son cinco.—
A propósito; aquí viene.

ESCENA XI.

JUAN.—CONDESA.

CONDES. Oh, don Juan!
JUAN. (Si es un prodigio!)
CONDES. Pronto ha dado usted la vuelta.
JUAN. Pronto, señora? Yo opino
que he estado ausente de usted
muchos años, muchos siglos.
CONDES. Exagerado es sin duda
ese amistoso cariño;
mas sea, en fin, como quiera,
señor don Juan , yo lo estimo.
JUAN. Condesa, en prueba de que
no exagero en lo que digo,
voy á hablarla de un asunto,
aunque grave, muy sencillo.
CONDES. A mí?
JUAN. Pues.
CONDES. Bien, diga usted.
(Qué podrá ser?)
JUAN. Es preciso
que antes de entrar en materia,
me conteste usted clarito
á una pregunta.
CONDES. Y cuál es?
JUAN. Tiene usted comprometido
su corazon!
CONDES. *(Sobresaltada.)*
Vírgen santa!
JUAN. Sí, ó no?
CONDES. Pero...
JUAN. Es requisito,
sin el cual no doy un paso.
CONDES. *(Aparte.)*
Pues el diputado es tímido!
JUAN. Qué dice usted, condesita?
CONDES. Yo...
JUAN. Vamos.

CONDES. Que no adivino
qué interés pueda tener...
JUAN. Recuerde usted que la he dicho...
CONDES. Sí, sí señor.
JUAN. Pues entonces...
CONDES. En buen hora; me decido
á ser con usted tan franca
como lo es usted conmigo.
JUAN. (Bendita sea tu boca.)
CONDES. Soy dueña de mi alvedrío.
JUAN. Del todo?
CONDES. Qué duda tiene?
JUAN. Libre, en fin...
CONDES. Ay, qué prolijo!
JUAN. Bien, señora, en ese caso,
que atienda usted la suplico
á lo que voy á decirla.
CONDES. Le escucho.
JUAN. Oh, soy muy conciso!—
Condesa, mi cuna es noble:
tengo treinta años cumplidos,
treinta millones en fincas,
en alhajas y efectivo.
Mi figura usted la vé;
mi genio... así, tal cualillo;
honrado como el que mas,
leal hasta lo infinito;
no amé en mi vida hasta ahora.—
Me quiere usted por marido?
CONDES. Pero, don Juan!
JUAN. Qué, señora!
CONDES. Habla usted de veras?
JUAN. Digo!
CONDES. Porque yo no entiendo...
JUAN. Pues
me parece que me esplico!
CONDES. Cierto. (Pero qué hombre es este?)
JUAN. La repugna á usted mi físico?
Hay simpatías, ó no?
Francamente.
CONDES. Yo he tenido
sumo gusto en conocerle;
mas diré; desde el principio

formé de usted un concepto...
JUAN. Malo?
CONDES. Al contrario.
JUAN. Magnífico!
En habiendo simpatías
el trato engendra cariño.
CONDES. Fuera injusticia negar
que usted, don Juan, es muy digno
de toda la estimacion
que sus bellos requisitos
se merecen.
JUAN. Gracias.
CONDES. Pero...
es esto tan repentino...
JUAN. Pues figúrese usted que hace
un año que solicito.
CONDES. (Con este hombre no hay entrada!)
JUAN. En usted está el motivo.
CONDES. Pues bien, yo lo pensaré
con reflexion...
JUAN. Convenidos.
CONDES. Y entonces...
JUAN. Nos casaremos.
CONDES. Jesus!
JUAN. Sí.
CONDES. Pero...
JUAN. De fijo.
CONDES. Señor don Juan, mire usted...
JUAN. Sí, Condesa, sí, lo miro;
en queriendo usted y yo...
CONDES. Es verdad; mas yo no he dicho...
JUAN. Pues dígalo usted, señora,
y es negocio concluido.

ESCENA XII.

Dichos.—EL MARQUÉS.

CONDES. Qué le parecen, Marqués?
MARQ. La Magdalena es preciosa.
(*Saludando á Juan.*)
Caballero...

JUAN. (Valdermosa!)
MARQ. (Aquí Moncada! Estraño es!)
CONDES. Los demas?
MARQ. No valen cosa:
copias.
CONDES. Cierto?
MARQ. De algun loco
pintor de caricaturas.
CONDES. Lo siento mucho.
JUAN. (*A la Condesa.*)
Pinturas?
CONDES. Sí: entiende usted?
JUAN. Ps... muy poco.
No distingo á penas duras
por los cuadros al autor.
Mas cuando veo un modelo
concluido con tal celo,
con tal arte y tal primor...
entonces...
CONDES. Magnífico retratista.
MARQ. (*Con ironía.*)
Sí, por Dios.
JUAN. (*Al Marqués.*)
Pura aficion;
(*A la Condesa.*)
pero suple el corazon
lo que me falta de artista.
MARQ. No siempre basta intencion.
Cuadros hay en mi entender
de tono tan delicado,
que seria aventurado
aun mirarlos.
JUAN. Podrá ser.
Pero yo soy tan osado,
que donde quiera que miro
gracia, hechizo y donosura,
me voy allá en derechura,
sin cambiar por nada el giro
á contemplar su hermosura.
Asi es, que el dia, la noche,
el huracan y la brisa,
me...
CRIADO. La señorita Luisa

espera á usía en el coche.
(*Se retira.*)

CONDES. Caballeros, me precisa,
y siento...

MARQ. (Estoy asombrado!)

JUAN. Nada, Condesa, no es justo...

CONDES. Si tienen ustedes gusto
en acompañarme al Prado...
(*Los dos la ofrecen el brazo. La Condesa se coge al de don Juan.*)

JUAN. Oh, señora!...

MARQ. Fuera injusto...

CONDES. (*Al Marqués.*)
Gracias.

MARQ. (Qué es esto?)

JUAN. Marqués...
usted se irá á la sesion.

MARQ. (Vive Dios!)

JUAN. Tal campeon...

CONDES. (*A Juan.*)
Eh, don Juan!

JUAN. (*Al Marqués.*)
Hasta despues.
(Se muere del sofocon!)

ESCENA XIII.

EL MARQUÉS.

A mí tal desaire! A mí!
Conmigo tal proceder!
Por quien soy que han de beber
el veneno que hay aquí!
Yo sabré de su favor
hasta dónde ese ha llegado,
y, ay de tí! si te has burlado,
Condesita, de mi amor!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon de baile.—Al levantarse el telon se ven cruzar varias parejas por los interiores. La música cesa á muy poco de presentarse el Marqués en la escena.

ESCENA PRIMERA.

El Marqués, *que sale del salon de baile dando muy marcadas pruebas de despecho.*

Oh! Ni aun puedo respirar
en este vasto salon,
y temo me vaya á ahogar
segun siento fermentar
la rabia en el corazon.—
Tú conmigo tan esquiva,
que apenas mi tierno afan
te dignas oir altiva,
cuando tal desden motiva
el amor de ese don Juan!
Bien Condesa. Goza ufana,
y olvida pues mis agravios!
Goza ahora; que mañana
buscarán con ánsia vana
una sonrisa tus lábios.—
Has querido á los estremos
reducirme? Bien, por Dios!
Acepto pues: lucharemos;
y en la lucha ya veremos
quién pierde mas de los dos.

ESCENA II.

El Marqués.—La Condesa.

Condes. Tan retirado, Marqués?
Marq. El calor es insufrible.
Condes. No hay duda: pero es posible
que con tan poco interés
el galan mas codiciado
de la bella sociedad,
se esté así en la soledad
taciturno, arrinconado?
Qué ha de opinar tanta hermosa
de su escesivo rigor?
Marq. Condesa... Tanto favor!...
Condes. Hoy está usted, Valdermosa,
como nunca, insoportable.
Marq. Y usted en cambio, señora,
como siempre, encantadora.
Condes. Sí, con ese tono amable
pretende usted eludir
mis justas reconvenciones...
Marq. Ignoro pues las razones...
Condes. Le tengo á usted que reñir.
Marq. A mí, señora!
Condes. A usted, que es
tan atento, tan cumplido...
Marq. Siempre, Condesa, lo he sido.
Condes. Menos hoy, señor Marqués.
Marq. Será posible, oh ventura!
que estuviera usted quejosa
por mi ausencia?
Condes. Valdermosa,
cuando la amistad es pura,
es muy sensible un desaire:
cualquier falta la atormenta.
Es estraño que yo sienta
su mal porte?
Marq. Qué donaire!
Cuánto esos dulces enojos
realzan con su rigor

el mirar encantador
de sus hechiceros ojos!

CONDES. Y qué mal sienta, Marqués,
ese tono lisonjero
en boca de un caballero
tan poco amable y cortés!

MARQ. Vamos, señora, no así
por la apariencia guiada,
me juzgue usted enojada.
Asuntos muy graves, sí,
contrarios á mi deseo,
estorbaron la ventura
de contemplar su hermosura
esta tarde en el paseo.
No me fué dado, Condesa,
acompañar á usted hoy:
harto castigado estoy!

CONDES. Muy mala disculpa es esa.

MARQ. Crea usted...

CONDES. Marqués!

MARQ. Yo siento
que me juzgue tan severa.

CONDES. Suponiendo que así fuera,
tendrá usted atrevimiento
para asegurar ahora
que esas cosas á que alude
le impiden que me salude?

MARQ. No ciertamente, señora.
Mas cuando entré en el salon,
y la ví tan *ocupada*,
no me atreví, Clara amada,
á distraer su atencion.
Confieso la falta mia:
disculparme no pretendo;
pero, si falté, yo entiendo
que fué por cortesanía.

CONDES. Difícil fuera oponer
mejor escusa; y aun lucho...
Pero no; le aprecio mucho
para que pueda absolver
faltas tan graves como esa.
Grande fué el crímen, amigo;
mas, grande será el castigo.

MARQ. Pronuncie usted pues, Condesa.
CONDES. No encuentro en mi indignacion
con qué poder castigar...
Le condeno á usté á bailar
(Tendiéndole una mano.)
con su amiga un rigodon.
MARQ. Oh felicidad! Y ese es
todo el castigo, señora,
que me impone usted ahora?
CONDES. No es atroz, señor Marqués?
MARQ. Tan distinguido favor
me estasía, me embelesa.
(Mirando hácia el fondo.)
Ah! Mil perdones, Condesa.
Pero veo allí al señor
de Arechavaleta y Priego...
Suplico á usted me permita...
CONDES. La diplomácia!
MARQ. Una cita...
CONDES. Nada mas justo...
MARQ. Hasta luego.
(Váse.)

ESCENA III.

CONDESA.—LUISA *poco despues.*

CONDES. Yo no sé por qué me asustan
la dulzura, la atencion
de ese hombre.—Será aprension...
Mas con todo, no me gustan...
LUISA. *(Muy contenta.)*
Gracias á Dios que te veo
sola!—Tengo que contarte...
CONDES. Pues?
LUISA. Como no pude hablarte
esta tarde en el paseo!
CONDES. Ya! Te estorbaba el testigo?...
Muy grande será el secreto.
LUISA. *(Con encogimiento.)*
Si te burlas...
CONDES. No: prometo...

Mas don Juan es buen amigo.

LUISA. Tuyo; pues no se separa
de tu lado en todo el dia;
pero su franca alegría
á mí me da...

CONDES. Já, já!

LUISA. Clara!

CONDES. Y no me dirás por qué
miras con tal prevencion
á Moncada? Qué razon...

LUISA. (Ah!) Ni yo misma la sé.

CONDES. Vaya, cuéntame.

LUISA. Ay querida!
Hoy he visto...

CONDES. A quién?

LUISA. A aquel...

CONDES. No comprendo... Ah! Al doncel
que te ha salvado la vida?
Habla; no tengas rubor...

LUISA. Pero si me da vergüenza.

CONDES. No habrá nada que te venza
ese infundado temor?
No soy tu amiga?

LUISA. Es verdad.

CONDES. (Estas niñas candorosas
son insufribles!)

LUISA. Hay cosas...
Mas yo fio en tu amistad.
Pues sí, he visto al caballero
que la vida me salvó,
y me ha dicho que me amó
con fervor puro y sincero
desde aquel felice dia
que mis gracias contemplara.
Ah! Si hubieras visto, Clara,
con qué fuego lo decia!
Yo, la verdad, lo he creido.

CONDES. Y si tu desdicha labras?

LUISA. Hay tanta fé en sus palabras!
Es su acento tan sentido!
Yo no dudo que los dos,
de nuestra fé en testimonio,
hagamos buen matrimonio

si á su altar nos lleva Dios.

CONDES. Bien, niña, bien; pues me gusta!
No tienes poca avidez!
Antes tanta timidez,
y ahora ya nada te asusta?
Tú no tienes esperiencia
de lo que es el mundo, Luisa,
y por eso tan deprisa
en todo cree tu inocencia.
Aunque te den dulces nombres,
halagando tus ideas,
y aunque veas lo que veas,
no te fies de los hombres.
Yo soy viuda, Luisa, y te hablo
por esperiencia; el mejor...
ay, *liberanos*, Señor!
para marido es un diablo.
Para hallar uno gentil,
honrado, noble, y sumiso
entre esa turba, es preciso
buscarle... con un candil.
Y si le encuentras al cabo,
y te casas, es de ley
que luego veas un rey
en el que viste un esclavo.—
Hay tambien sus escepciones
como en todo.

LUISA. Vírgen santa!
Esa pintura me espanta,
me llena de confusiones!—
Sí, tus consejos son bellos,
puestos así... en teoría;
pero dime, amiga mia,
qué mujer pasa sin ellos?
Tú misma, tú, que encareces
sus faltas en este instante,
no exhala tu pecho amante
un suspiro muchas veces?
Pues si mi vista no miente,
pienso en mi pueril afan,
que no es tan malo don Juan
cuando...

CONDES. Luisa, estas demente?

LUISA. *(Con malicia.)*
Me engaño?
CONDES. (Estas niñas suelen
darnos muy buenas lecciones!)
LUISA. Condesa, aunque tus razones
ahora convencerme anhelen...
CONDES. Sí, veo que en realidad
la lengua espresa inclemente
lo que el corazon no siente.
Humana debilidad!—
Pero dime: sabes quién
es tu amante y salvador?
LUISA. Sí, y pienso que en gran valor
tienes su amistad tambien.
CONDES. Le conozco?
LUISA. Mucho.
CONDES. Vamos!
LUISA. Mira qué dicha, Condesa:
es tu primo.
CONDES. Qué sorpresa!
Don Cárlos?
LUISA. Sí, nos hallamos
hoy en tu casa.
CONDES. Pues mira:
es un jóven muy juicioso,
valiente, pundonoroso,
incapaz de una mentira...
Oh, yo aplaudo tu eleccion!
LUISA. Me hará feliz, verdad?
CONDES. Sí.
No dudo que...
LUISA. *(Repara en Cárlos que las mira desde la puerta del fondo.)*
(Ya está allí.)
Clara, me voy al salon.
(Váse.)

ESCENA IV.

CONDESA.—DON JUAN.

JUAN. *(A Luisa que sale de la escena.)*
Vaya usted con Dios, pimpollo.
LUISA. Gracias por el cumplimiento.
JUAN. *(A la Condesa.)*
Tan solitaria la perla
mas brillante del concierto?
CONDES. No habrá mirado á las otras
don Juan con detenimiento.
Pero cómo es que el galan
que tanto del bello sexo
merece las simpatías,
abandona ahora su puesto?
JUAN. El mio es aquí, Condesa.
CONDES. Viene usté á tomar el fresco?
JUAN. Vengo, señora, cual va
la piedra arrojada al viento,
buscando, mal que le pese,
de su gravedad el centro.
CONDES. Matemáticas?
JUAN. Amor.
CONDES. Todavia!
JUAN. Hablo yo en griego?
CONDES. No, por Dios; mas yo creí
que mudase de concepto,
al ver que de tantas bellas,
como desde aquí estoy viendo,
soy yo entre todas, don Juan,
la que tiene menos mérito.
JUAN. Ninguna la iguala á usted.
CONDES. De veras?
JUAN. Yo nunca miento.
CONDES. Pudiera usted, sin embargo,
equivocarse, creyendo
que fuera asi en realidad
lo que puede ser un sueño.
JUAN. Enhorabuena; yo la amo,
sea soñando ó despierto;

cual es usted la idolatro;
la adoro cual yo la veo,
y en fin, de todas maneras
usted es mi Dios, mi cielo.

CONDES. Cuidado con ofuscarse!

JUAN. Muy tarde llega el consejo.
En otro tiempo, señora,
cuando yo, tranquilo el pecho,
no sentia del amor
los latidos violentos,
pudiera haberme servido.
Hoy que su divino acento
ha penetrado en mi alma
como un fluido magnético;
hoy que usted, á quien le dió
tanta donosura el cielo,
inflamó este corazon
que yo presumia yerto...
en lugar de sosegarme
aviva ardiente mi ruego.

CONDES. Hable usted bajo, Moncada.

JUAN. Oh! No es tan fácil hacerlo
cuando se tiene un volcan
que nos abrasa aquí adentro.

CONDES. Sin embargo, es necesario...
(Qué bien se espresa! Qué fuego!)

JUAN. Usted no sabe, señora,
cuánto amor encierra el pecho
del hombre que en treinta años
no conoció tal afecto.
Tan vírgen su corazon
cual la palma del desierto,
vive tranquilo como ella
cuando no la azota el viento.
Pero si una vez despierta
de su letargo; si el eco
de una voz encantadora
le revela que en su pecho
existen del paraiso
los goces, los embelesos;
entonces...

CONDES. *(Azorada.)*
Don Juan, mas bajo!

JUAN. Ama... no, Condesa, miento;
entonces no ama; idolatra
con ardor profundo, inmenso...
CONDES. Jesus! Calle usted.
JUAN. *(Amoscado.)*
Señora,
si me corta usted los vuelos,
me es imposible decirla
del modo que yo la quiero.
CONDES. (Si acechara ese Marqués!)
JUAN. Qué quiere usted? Yo no puedo
esplicarme sin hablar.
Será una desgracia; pero...
CONDES. (Yo no sé lo que me pasa!)
JUAN. Condesa, tiene usted miedo?
CONDES. Miedo? Ninguno.—Por qué?
JUAN. Qué sé yo? Como la veo
tan sumamente agitada...
CONDES. No... no tal... (Me está vendiendo
mi corazon!) Agitada?
(Qué amor tan puro!)
JUAN. Comprendo!
Se avergüenza usted quizás
de que la ame asi un labriego!
CONDES. Señor don Juan!
JUAN. No me agravio,
no, Condesa: he sido un nécio!
Quién soy yo para aspirar
á joya de tanto precio?
CONDES. Y ha podido usted creer?...
JUAN. Son tan escasos mís méritos!
CONDES. Al contrario, amigo mio;
usted es bueno, muy bueno.
Qué mujer no anhelará
ser amada de un sugeto
tan digno, tan apreciable,
de tan nobles sentimientos?
Avergonzarme su amor!
JUAN. Oh ventura! Será cierto?
Clara mia, me ama usted?
Perdon, señora; el contento
me enloquece, me estasía.—
Consiente usté en ser mi dueño?—

Diga usted que sí, Condesa,
y la juro por los cielos
hacerla en mi corazon
para idolatrarla un templo.

CONDES. (Quién resiste?)

JUAN. Clara, Clara!

CONDES. Don Juan!

JUAN. Me ama usted?

CONDES. Silencio.

JUAN. Pues vamos, conteste usted.

CONDES. Jesus!

JUAN. Sí ó no?

CONDES. Chist ..

JUAN. *(Enfadado.)* Volvemos
á las andadas?

CONDES. *(Reponiéndose.)*
Don Juan,
no es oportuno el momento
para resolver aqui
asunto de tanto peso.
Mañana lo sabrá usted.

JUAN. Y qué mas da...

CONDES. Amigo mio,
mañana no está tan lejos.

JUAN. Seguro: pero quien ama...

CONDES. Obedece si es discreto.

JUAN. Me conformo pues, Condesa.

CONDES. No esperaba de usted menos.

JUAN. Y, vamos, podré esperar...

CONDES. Don Juan, mañana hablaremos.
(Váse.)

ESCENA V.

JUAN.

Pero á qué esos requilorios
para decirme sí ó no?
De estos lances amatorios
no entiendo una jota yo.
Seis horas hace que estamos
en la cuestion amorosa,

y hasta ahora que digamos,
no he adelantado gran cosa.
Aprecio... amistad... Confieso
que esto es algo, mucho, sí.
Pero, señor, si no es eso
de lo que se trata aqui!
Usted se quiere casar?
Sí ó no? Esta es la cuestion:
lo demas es divagar,
salir de la discusion.
Que sirvàn de batidores
en ocasiones como estas
los requiebros y las flores,
las preguntas y respuestas,
en buen hora; devaneos
son muy propios del asunto;
mas despues de estos floreos
el llanto sobre el difunto.
Sin tregua, sin alzar mano
del negocio noche y dia;
porque quién es el cristiano
que se casa á sangre fria?
Quién, ay! por una beldad
que tan brevemente pasa,
renuncia á su libertad
para siempre! Quién se casa!
Para siempre!—Qué demonio!
Sin esta retribucion
fuera el santo matrimonio
una buena institucion!
Pero despues del «sí quiero»
que uno dice como un loco...
Me voy á morir soltero
si doy en pensar un poco.

ESCENA VI.

JUAN.—CARLOS, *muy gozoso.*

CARLOS. Juan mio, dame un abrazo.
Soy dichoso! Soy feliz!
(Abraza á Juan fuertemente.)

JUAN. Cárlos, que me descoyuntas
los huesos! Por San Quintin!
Pues estoy de buen humor!...
Suelta...
CARLOS. Otro mas... así.
JUAN. Voto á brios! Si no mirara...
CARLOS. No te enfades; un desliz
perdonable; un desahogo
de mi alegre frenesí.
JUAN. Maldigo los desahogos
de tu arranque juvenil!
Me has descompuesto la ropa,
y á poco mas la nariz...
CARLOS. Eh, no hagas caso, y atiende:
todo eso vale un tarin.
Si la vieras qué graciosa,
qué elegante, qué gentil!
Es la admiracion de todos.
JUAN. Quién?
CARLOS. La reina del festin.
JUAN. (Lo dice por la Condesa.)
CARLOS. La viste?
JUAN. Que si la ví!
Ah! No le hagas tal pregunta
á quien no puede vivir
lejos de ella ni un momento.
La amas tú!—Si mal no oí...
JUAN. La idolatro.
CARLOS. A cuántas quieres?
JUAN. A ella sola.
CARLOS. (Qué malsin!)
Oye, don Juan: me parece
que nos vamos á batir.
JUAN. Si tú la amas, no hay remedio:
nos batiremos. Oh, sí!
CARLOS. *(Casi á un tiempo los dos.)*
Yo no consiento que nadie...
JUAN. Ni yo puedo consentir...
CARLOS. Me robe el amor de Luisa.
JUAN. Que adore á Clara... un tití!
CARLOS. Has dicho Clara?
JUAN. Y tú Luisa?
(Se echan á reir.)

CARLOS. Qué nécios!
JUAN. Qué brutos! dí.
Pues si llegamos á un lance,
damos que hablar en Madrid.
CARLOS. Batirnos nosotros!—Juan,
abrázame.
JUAN. *(Evitando otro apreton.)*
Cárlos!
CARLOS. Sí!
me embriaga la ventura!
Tengo que contarte mil
cosas que me han sucedido.
Como fuiste, oh paladin
venturoso! á pasear
con la Condesa y con mi...
y despues tuve que hacer,
no te he podido decir
que la amiga de mi prima
y aquel bello serafin
de mi aventura...
JUAN. Prosigue.
CARLOS. Son no mas...
JUAN. Lance gentil!
CARLOS. Que una sola personita.
JUAN. Bravo!
CARLOS. Qué tienes, que así
te quedas tan pensativo?
JUAN. Nada.
CARLOS. En tu amorosa lid,
no te trata bien mi prima?
JUAN. Unas veces no, otras sí.
Si no entiendo á las mujeres!
Todo se las vuelve ardid!
Reniego de la mejor.
CARLOS. Ten mas fé en el porvenir.

ESCENA VII.

JUAN.—CÁRLOS.—LUISA *se queda parada cerca de la puerta del fondo al ver á don Juan.*

LUISA. Ah!
CARLOS. (Luisa!)
JUAN. Vaya! Los chicos
no se quieren separar.—
Adelante, bella Luisa,
no tenga usted cortedad.—
Qué haces tú ahí, ababol?
CARLOS. Ten la lengua, por Dios, Juan!
LUISA. Yo venia...
JUAN. Ya supongo...
CARLOS. (Qué cáustico!)
JUAN. A descansar?
LUISA. En busca de la Condesa.
JUAN. Pues: nada mas natural.
(Para mentir las mujeres!)
La Condesa aquí no está,
como usted vé: pero en cambio
ahí tiene usted un galan
deseoso de contarla
algun lance original
para entretener el tiempo.—
Caballerito, es verdad?—
No se ponga usté encarnada...
CARLOS. *(A Juan.)*
Juan, por Cristo!
JUAN. *(A Cárlos.)*
Me voy ya.
Aprovecha bien el tiempo:
firme en ella, voto á san!
(Vaya una pareja simple!)
Señorita... que haya paz.

ESCENA VIII.

LUISA.—CARLOS: *cada uno á un lado del teatro.*

LUISA. (La franqueza de este hombre
me disgusta en alto grado!)
CARLOS. (Buenos ratos Juan me ha dado;
mas le juro por mi nombre,
que me las has de pagar.)
LUISA. (Qué llaneza! Qué atrevido!)
CARLOS. (Vamos... estoy aturdido...
No sé cómo principiar.)
LUISA. *(Arreglando los pliegues del vestido, finje que tose.)*
Hum!—(Nada! Se ha vuelto mudo?)
CARLOS. (Ah Juan!—Eh! Haré coraje!)
(Se llega á Luisa, que finje no verlo.)
Luisita... precioso traje!
LUISA. *(Vuelve la cabeza, y dice con indiferencia.)*
Sí?
CARLOS. (Soy un bestia! Yo sudo!)
LUISA. Precioso, eh? Así, así.
CARLOS. Bella Luisa, perdonad
mi notable aturdimiento,
y si al decir lo que siento
digo alguna necedad.
Que es propio, cuando en combates
de amores se agita el pecho,
que nada salga derecho,
y decir mil disparates.
Pero en mi ardiente cariño
el labio trémulo os jura
que mi pasion es tan pura
como la risa de un niño.
LUISA. Sí, sí, usted lo dice; pero
quién en las palabras fia
de los hombres? Y en el dia!
CARLOS. Luisa, mi amor es sincero.
LUISA. Sí, un capricho del momento,
tan leve como fugaz...

CARLOS. Y me cree usted capaz...
LUISA. Los hombres son como el viento
CARLOS. Oh! no todos son iguales.
Si otros no tienen constancia,
yo, sin que sea jactancia,
tengo ideas mas leales.
LUISA. Ya, ya!
CARLOS. Luisa, vida mia,
están por ventura exentos
de tener ya sentimientos
de honradez y de hidalguía?
No, por cierto, no; del mundo
en la brillante comparsa
no ha de ser todo una farsa,
ni tampoco cieno inmundo.
Crea usted en el amor
del hombre que espera triste
su sentencia.
LUISA. (Y quién resiste
á un diablo tan seductor?)
Veo á usted tan infeliz...
y ademas le debo tanto...
Pues... ya digo que...
(Le abandona una mano que Cárlos besa apasionadamente.)
CARLOS. Oh, cuánto,
Luisa, me ha hecho usted feliz!

ESCENA IX.

Dichos.—CONDESA *cerca de la puerta del fondo.*

CONDES. Bravo, bien! Así me gusta!
LUISA. (La Condesa!)
CARLOS. (Mala suerte!
Ahora esta, antes el otro...
Hoy estoy hecho un zoquete!)
LUISA. (Está visto: mis secretos
no los sabe el que no quiere!)
CONDES. Se mata el tiempo? Muy bien!
(Vea usted los inocentes!)

LUISA. Sí; estábamos hablando...
CARLOS. Allá dentro no se puede
respirar.
CONDES. *(Con ironía.)*
Ya me hago cargo!
Y de qué hablaban ustedes?
LUISA. Del calor, y del paseo...
y...
CARLOS. Cosas indiferentes.
Del baile, trajes, adornos...
CONDES. Y usted, como inteligente,
examinaba prolijo,
con detencion, me parece,
las pulseras de Luisita.
CÁRLOS. }
LUISA. } Condesa!
CONDES. Soy muy clemente.
Mas bueno será, queridos,
ya que dispuso la suerte
unir aquí vuestras almas,
que os enlaceis para siempre.
Hareis muy buena pareja!
CARLOS. (Oh!)
LUISA. *(Avergonzada.)*
Clara!
CONDES. No te avergüences:
ese es el final de todo.—
No es verdad, don Cárlos?
CRIADO. Y ese
será mi mayor placer!
CONDES. *(A Luisa.)*
Eh, qué tal?
LUISA. Qué cosas tienes!
CARLOS. Y usted, prima mia; usted,
que tanta dicha merece,
se apiadará de don Juan,
que tanto y tanto la quiere?
LUISA. Condesa, no seas cruel!
Pobre Moncada!
CONDES. (Interceden!
Ah, si ellos supieran!)
CARLOS. Prima,
si con él mas indulgente

es usted, y de sus penas
benigna se compadece,
quién sabe si nuestras bodas
en un mismo dia pueden
celebrarse?

LUISA. (Qué contento!)

CARLOS. *(Mira á Luisa que baja los ojos ruborizada.)*
Digo... no sé... me parece...
(Corto preludio de música.)

CONDES. Ya hablaremos mas despacio;
pero la música advierte,
si no me engaño, que pronto
se va á bailar.

CARLOS. Cierto.

LUISA. *(A la Condesa.)*
Vienes?

CONDES. Despues.—Y ustedes no bailan?

CARLOS. Por mí no hay inconveniente:
si Luisa...

LUISA. Con mucho gusto.

CARLOS. Mi corazon la agradece...

LUISA. Hasta luego, Clara.

CONDES. Adios.
Cuidadito con perderse!

ESCENA X.

CONDESA.

Qué dichosos! El placer
embellece sus amores,
y el perfume de sus flores
les embarga por do quier.
Sin un recuerdo de ayer
que nuble su pura frente,
ven el porvenir luciente,
tan feliz y tan hermoso
como miran el presente.
Dichoso estado, dichoso!—
Ay, qué desasosegada
(Se sienta á la izquierda.)
me encuentro esta noche! Qué

agitacion! Yo no sé
lo que tengo! Ese Moncada
me tiene tan apurada...
Oh, le temo cuando empieza
con sus gritos, con su amor!

ESCENA XI.

CONDESA.—JUAN, *sin reparar en la Condesa, va á sentarse á la derecha.*

JUAN. (Dios eterno, qué calor!
Se me abrasa la cabeza!
Ah, pobre Juan, ya has pisado
la planta de los amores!
No te faltarán dolores
y quebrantos! Desdichado!)
CONDES. *(Aparte.)*
Y ese Marqués oh! sin duda
se querrá de mí vengar!
JUAN. (Pero es muy particular
la conducta de la viuda!)
CONDES. (Con su finura esquisita...)
JUAN. (Eh! Tal vez sea aprension!)
CONDES. (Sí, me pedirá el millon...)
(Lanzan los dos un suspiro, y se quedan mirando mútuamente sin levantarse.)
CONDES. }
JUAN. } Ah!
CONDES. Moncada!
JUAN. Condesita!
CONDES. Ahí estaba usted, don Juan?
Cómo tan callado ahora?
JUAN. Estoy haciendo, señora,
y sabe Dios con qué afan!
CONDES. Qué?
JUAN. Exámen de conciencia.
CONDES. En un baile!
JUAN. Y qué mas da
que sea aquí ó acullá?
CONDES. *(Riéndose.)*
Es chistosa la ocurrencia,
peregrina!

JUAN. Qué he de hacer?
Se ha conjurado la suerte...
El baile no me divierte;
usted no quiere entender
el español por lo visto:
con que no hallo otro remedio
para distraer mi tedio
que ponerme bien con Cristo.

CONDES. Cristiano recurso á fé
para ahuyentar á Satan!
Mas para todo, don Juan,
hay sobrado tiempo.

JUAN. Oh, usted
gasta mucho para todo!

CONDES. Usted es tan repentino!

JUAN. *(Amoscado.)*
Me gusta andar el camino
con brevedad.

CONDES. Ya!

JUAN. A mi modo.

CONDES. Dios mio, qué humor tan negro!

JUAN. *(Amoscado y esforzando la voz.)*
No sabe usted...

CONDES. *(Dá un grito.)*
Ay!

JUAN. Qué ha sido?

CONDES. Nada... no es nada... un vahido...

JUAN. Hola!

CONDES. Ya pasó.

JUAN. *(Arrellanándose.)*
Me alegro.

CONDES. (Se ha amoscado!)

JUAN. (Capitula!)

CONDES. *(Con coqueteria.)*
Señor don Juan, usted que es
tan amable y tan cortés,
tan complaciente...

JUAN. (Me adula!)

CONDES. Quisiera usted acercarme
aquel ramito de flores?

JUAN. Condesa, con mil amores.
(Yendo por él.)

(Esta trata de embromarme.)
CONDES. (Si él comprendiese el afan
con que estoy luchando ahora!)
JUAN. *(Dándole el ramo.)*
Las florecitas, señora.
CONDES. Mil gracias, señor don Juan.
JUAN. Cumplimientos?
CONDES. Gratitud.
JUAN. Por tan pequeño favor!
CONDES. Le gusta á usted este olor?
(Presentándole el ramo.)
JUAN. *(Inclinándose ligeramente á olerlo.)*
No es malo.
CONDES. Con prontitud
lo ha dicho.
JUAN. Soy muy conciso.
CONDES. Jesus qué tono! Moncada,
qué tiene usted?
JUAN. Yo?
CONDES. Pues.
JUAN. Nada.
CONDES. No, no, algo será, preciso;
ó no es el mismo don Juan
que hace poco un cuarto de hora,
se mostraba aquí...
JUAN. Señora!...
CONDES. Oh! los hombres...
JUAN. *(Enfadado.)*
Voto á San!
CONDES. Votos tambien! Norabuena.
JUAN. Y cómo no he de votar,
y enfurruñarme y rabiar
si estoy hecho... una ballena?
CONDES. Dios mio.—Pero por qué?
JUAN. Vamos á reñir, Condesa?
CONDES. No ha sido mi intencion esa.
JUAN. Pues no me pregunte usted.
Hasta mañana los dos
entendernos no podremos...
Mejor es que lo dejemos
para entonces.
CONDES. Bien, por Dios!
JUAN. Sí; usted no puede aguantar

que la ame yo á mi manera,
y yo no puedo, aunque quiera,
esplicarme sin hablar.

CONDES. Eso no es cierto.

JUAN. Que no es?

CONDES. A que hable usted yo me opongo?
Que en un baile...

JUAN. Ya supongo...
Es un baile!

CONDES. Justo.

JUAN. Pues.

ESCENA XII.

CONDESA.—JUAN.—MARQUÉS.

MARQ. (Oh, siempre este hombre á su lado!)

CONDES. (El Marqués!)

JUAN. (Llega á buen tiempo!)

MARQ. Condesita, mil perdones:
he llegado, segun veo,
á interrumpir...

JUAN. Mala vista
tiene usted.

MARQ. Cómo?

CONDES. (Ay, le temo!)

JUAN. Porque cuando usted llegó
no deciamos ni *esto*.

CONDES. Ciertamente; no eran cosas
que un amigo tan sincero
como usted...

MARQ. Señora mia...

CONDES. No pudiera oir.

JUAN. (Me quemo!)

MARQ. Mil gracias: en ese caso
no temo ser indiscreto.—
Se va á bailar rigodon.

JUAN. Es usted el bastonero?

CONDES. (Ay Jesus!)

MARQ. *(Con brio.)*
Señor Moncada!

JUAN. Me he equivocado?

MARQ. Le advierto...
CONDES. *(Al Marqués en tono de súplica.)*
Señor Marqués, cuando guste...
JUAN. *(A la Condesa.)*
A bailar?
MARQ. *(Bajo á la Condesa.)*
Sufro y espero.
CONDES. Un rigodon que he ofrecido
al señor.
MARQ. *(Con orgullo.)*
A mí.
JUAN. Soberbio!
Oh! Cumplir lo que se ofrece...
Pero... Calla! Ahora recuerdo...
Yo tambien bailo, Condesa,
aunque muy mal.
CONDES. (Dios eterno!)
MARQ. (La cólera me está ahogando!)
JUAN. No olvidará que en paseo
me prometió un rigodon.
MARQ. A usted!
JUAN. Vaya! Y el primero!
CONDES. *(Angustiada.)*
(Oh!)
JUAN. *(Al Marqués.)*
Gracias por el aviso.
MARQ. *(A la Condesa.)*
Es cierto?
(Dudando.)
JUAN. *(Con brio.)*
Marqués!
CONDES. Es cierto.—
Pero el señor cederá.
JUAN. Santo Cristo del Aseo!
Yo ceder tamaño honor!
Y aragonés!
CONDES. (Ay, me muero!)
JUAN. Si se hundiera Zaragoza!
Bonito tengo el tozuelo!
CONDES. *(Con angustia al Marqués.)*
Pues entonces...
MARQ. *(Con amargura.)*
Bien, señora;

como siempre, me someto
dócil á su voluntad.

CONDES. Usté es muy fino.

JUAN. (Y muy nécio!)

MARQ. Y pues que tenaz me aqueja
hasta ahí mi desventura...
(Con ironía.)
Veré al menos la soltura
de tan brillante pareja.

JUAN. Mil gracias, Marqués; yo no hago
alarde, asi, de bailar:
mas... le prometo no dar
en la *danza* un paso en vago.
(Juan se lleva á la Condesa por el foro.—El Marqués los vé salir mirándolos con aire siniestro, y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del primero.

ESCENA PRIMERA.

CONDESA.—LUISA.

LUISA. Y piensas tú que el Marqués
con tal intencion hoy venga?
CONDES. Qué otra cosa pudo hacerle
pedirme anoche esta audiencia?
LUISA. Quién sabe?
CONDES. No, Luisa, no:
sus palabras, la etiqueta
con que desde ayer me trata;
esa estudiada reserva
que ha guardado en este asunto,
son, no dudes, claras pruebas
de que ha resuelto romper
conmigo.
LUISA. Bien, norabuena.
Asi saldrás de una vez
de ese amor que te molesta.
CONDES. Y la deuda, Luisa mia?
LUISA. Ah, tienes razon: la deuda!
CONDES. Cincuenta mil duros!

LUISA. Sí.
Cantidad es no pequeña!
CONDES. Oh!
LUISA. Ya se los pagarás.
Le dices que... en fin, protestas
que te es imposible ahora;
que se espere.
CONDES. No, no hay tregua
decorosa en estos casos.
Si rompemos, será fuerza
que se los pague al momento.
Y lo haré, sí, aunque tuviera
que privarme de mis joyas,
de mis fincas y mis tierras,
de todo cuanto poseo:
mi honor, mi delicadeza
asi lo exigen.
LUISA. Sí, cierto;
tu decoro... Pero espera;
nos hemos salvado, Clara.
CONDES. Cómo?
LUISA. Dios mio, qué nécias!
No haber pensado hasta aquí!
CONDES. Pero bien, de qué manera?
LUISA. Casándote con don Juan.
CONDES. Luisa!
LUISA. Él es rico...
CONDESA. Estás lela!
Casarme yo con Moncada!
LUISA. Y por qué no?
CONDES. Qué inocencia!
LUISA. No te adora el diputado?
CONDES. Al menos lo manifiesta.
LUISA. Pues entonces...
CONDES. Imposible!
LUISA. Ah, ya lo entiendo, Condesa!
Tú no le amas, es verdad?
CONDES. (Oh!)
LUISA. Pues lo haces mal; se muestra
tan cariñoso contigo!
Es tan franco! Mucho.—Peca
ya de francote; pero
á probidad y nobleza

no le gana nadie.

CONDES. Luisa!

LUISA. En fin, Clara, tú eres dueña...

CONDES. Qué angustia!

LUISA. Pero qué tienes?

CONDES. Todavía?

LUISA. Qué sospecha!
Conque es el aragonés...

CONDES. *(Ocultando el rostro en el pecho de Luisa.)*
Luisa!

LUISA. Clara!

CONDES. Qué vergüenza!

LUISA. Por qué? Qué tiene de estraño?
No eres libre?

CONDES. Pluguiera
á Dios que asi fuese!

LUISA. Cómo?

CONDES. Es muy aciaga mi estrella!
Olvidas que Valdermosa
me va á demandar la deuda?

LUISA. Ese no es inconveniente.

CONDES. El solo que me condena.
Podria, siguiendo yo
mi inclinacion, de amor ciega
enlazarme con don Juan.
Pero dime, y si creyera
que mi cariño era un cálculo
bastardo de conveniencia;
y que á darle yo mi mano
el vil interés?...

LUISA. Condesa,
no te afljas; qué sabemos?
Cuando menos una piensa...

CONDES. Soy muy desgraciada, Luisa!

CRIADO. *(Anunciando.)*
El señor Marqués espera...

CONDES. Oh! Dios mio!

LUISA. Clara, Clara!

CRIADO. Concede usía licencia?

CONDES. *(A Luisa.)*
Te suplico...

LUISA. Adios.
(Vase.)

CONDES. *(Al criado.)*
Que pase.
(Se retira el lacayo.)

ESCENA II.

CONDESA.—MARQUÉS.

MARQ. A los piés de usted, Condesa.
CONDES. Aunque tarde, bien venido.
MARQ. Lisonjera es la acogida.
CONDES. No tal.
MARQ. Me esperaba usted?
CONDES. Siempre espera quien ansía
complacer á sus amigos.
Ademas, esta entrevista
pedida con tal empeño,
confieso que me tenia
en grande curiosidad.
MARQ. *(Con ironía.)*
De veras?
CONDES. Sí.
MARQ. Y no adivina
la razon que aquí me trae?
CONDES. Supongo será la misma
que le conduce ha tres años:
relaciones de familia...
el cariño... la amistad...
ó al menos que una imprevista
desgracia...
MARQ. Habla usted de veras?
CONDES. Otra vez!
MARQ. Yo presumia
que despues de lo ocurrido
entre los dos, Condesita,
debiera saber mejor
la causa de esta entrevista.
CONDES. Lo ocurrido? Ah! Sí, es verdad.
MARQ. Y bien?
CONDES. Marqués, me horripila
pensar en segundas nupcias.
Yo le estoy agradecida...

MARQ. Se chancea usted, Condesa!
CONDES. Mucho siento que se aflija;
pero ya que usted me apremia,
fuerza será que le diga
mi firme resolucion.
MARQ. Si me parece mentira!
CONDES. Qué quiere usted? No me llama
el cielo por esa via.
Mas adelante no digo...
tal vez...
MARQ. *(Enfadado.)*
Señora, este enigma
es preciso que concluya.
CONDES. Eso es lo que yo decia.
MARQ. Estoy muy cansado ya
de hacer el papel de víctima.
CONDES. Jesus, qué equivocacion!
Permita usted que me ria.
MARQ. Muy risueña está usted hoy!
CONDES. Le incomoda á usted mi risa?
MARQ. Esto es por demas, señora;
tan estudiada malicia
solo se concibe en quien
con ingeniosas mentiras
abusó del hombre cándido
que creyó...
CONDES. Siga usted, siga.
MARQ. Negará usted que don Juan...
CONDES. Caballero, usted se olvida
de que soy de mis acciones
dueña absoluta, esclusiva.
Y no sé yo qué derecho,
ni qué razon le permita
hacerme reconvenciones
de los dos, Marqués, indignas.
MARQ. En fin, señora, yo exijo
satisfaccion bien cumplida.
CONDES. Marqués!
MARQ. O de lo contrario...
CONDES. Está usted loco, ó delira?
MARQ. Concluimos para siempre.
CONDES. Acepto.
MARQ. En esta hora misma.

CONDES. (Oh!)
MARQ. No se rie usted, Condesa?
CONDES. Já, já, já, já!
MARQ. Todavia?
CONDES. Con mas motivo que nunca.
Já, já!
MARQ. (Estoy trémulo de ira.)
Pero ha comprendido usted?
CONDES. *(Con mucha intencion.)*
No me hallo tan desprovista
de... de comprension; y espero
si el Marqués se digna
volver por acá mas tarde,
que queden bien concluidas
nuestras relaciones todas.
MARQ. Conque es decir, bella amiga,
que escoge usted lo peor?
CONDES. Señor Marqués, me precisa
quedarme sola.
MARQ. Me voy.
Pero Clara...
CONDES. Ni una sílaba
tengo que decirle mas.
MARQ. Señora... adios.
CONDES. El le asista.
MARQ. (Veremos si te se baja
ese orgullo, Condesita!)
(Váse.)

ESCENA III.

CONDESA.—DON JUAN *poco despues.*

Oh! yo no sé lo que diera
en mi terrible ansiedad
por ajar la vanidad
de ese hombre! No sé qué hiciera!—
(Mirando el reloj de sobremesa.)
Las once y media! Y Moncada
que al momento va á venir!
Y qué le voy á decir?
Qué puedo yo, desgraciada,

hacer en tal situacion?
Mostrarme insensible? Ah!
Entonces don Juan creerá
que me burlo, y con razon,
de su amor: dirá de mí
que he apelado al finjimiento,
y en su genio violento
es muy capaz...
(Don Juan aparece en el fondo.)
(Ya está aqui!)

JUAN. Por fin, señora, ha llegado
el dia de la bonanza:
la lengua á espresar no alcanza
cuánto, Clara, lo he esperado.
Inquietud, tormentos fieros
sufrí desde ayer á ahora;
mas todo es poco, señora,
en gracia de esos luceros.
Todo es poco, si al llegar
temblando de amor, benigna
admitirme usted se digna
por su esclavo en el altar.

CONDES. Señor don Juan... (Qué tormento!)
Hoy me acosa tal fatiga...
No estrañe usted que le diga
con profundo sentimiento,
que ni aun puedo responder
al amor que me profesa.

JUAN. Pues... qué tiene usted, Condesa?

CONDES. Nada!... suelo padecer
de los nervios...

JUAN. Ciertamente,
cuando entré me pareció...
Pero es cosa grave?

CONDES. No;
la jaqueca solamente...

JUAN. Oh! Si no es mas, bien podrá,
si la dolencia no crece,
contestarme. Me parece
que esto no la agravará.

CONDES. *(Finjiendo un profundo dolor de cabeza.)*
Ay Jesus, y qué latidos!

JUAN. No haga usted caso,

CONDES. Don Juan!
Que no haga caso, y me están
barrenando los oidos!
JUAN. Aprension!
CONDES. No, no me atrevo
á creer tanta indiferencia!
JUAN. En fin, señora, paciencia.
CONDES. Oh Dios!
JUAN. De aquí no me muevo
sin que me conteste.
CONDES. Pues
estoy para el caso ahora!
JUAN. Y no se olvide, señora,
de que soy aragonés.
CONDES. Demasiado lo sé, oh!
JUAN. Pues al avío.
CONDES. Ay de mí!
JUAN. Vamos, diga usted que sí!
CONDES. Don Juan!
JUAN. Diga usted que no.
CONDES. Pero esto es asesinarme!
JUAN. Nada, nada.
CONDES. Yo me abraso!
JUAN. O me caso, ó no me caso:
pronto puede despacharme.
CONDES. Pues bien; ya que son en vano
con usted las reflexiones,
y que no bastan razones...
JUAN. Al grano, Condesa, al grano.
CONDES. Negar, don Juan, que le amé
desde el punto en que le ví
tan noble y franco...
JUAN. Sí, sí;
pero vamos, siga usté.
CONDES. Mal puedo, si á cada instante
me interrumpe como ahora.
JUAN. Tiene usted razon, señora:
pero estoy tan anhelante
por saber la conclusion...
CONDES. Muy pronto la va á saber.
Dificulto pueda haber,
sin que sea adulacion,
un sugeto mas hidalgo,

que reuna á la franqueza
de su porte la nobleza
de su alma.

JUAN. (Pues esto es algo!)

CONDES. De mí le sabré decir,
por sus prendas cautivada,
que en usted hallé, Moncada,
cuanto puede sugerir
la mente de mas hermoso.
Galantería, valor...

JUAN. (Soy feliz!)

CONDES. Nobleza, amor,
honradez...

JUAN. *(Trasportado.)*
Soy muy dichoso!
Conque me ama usted?

CONDES. Don Juan!

JUAN. Y cuándo, cuándo, qué dia?
(Me enloquece la alegria!)
Clara, en mi amoroso afan
los minutos van pasando
como siglos. Diga usted:
cuándo será?...

CONDES. Nunca!

JUAN. *(Pasmado.)*
Eh?

CONDES. Jamás.

JUAN. (Si estaré soñando!)

CONDES. Amigo mio... (Es capaz...)

JUAN. Estoy despierto, señora?
Conque es decir?...

CONDES. Por ahora...

JUAN. *(Disponiéndose á marchar.)*
Corriente; estamos en paz.

CONDES. *(Angustiada.)*
Se aleja usted?

JUAN. (Qué he de hacer?)

CONDES. Mi aprecio tiene en tan poco?

JUAN. Quiere usted volverme loco?

CONDES. Quiero hacerle comprender
cuánto en el alma me pesa
esquivar su tierno afan.

JUAN. Mentira!

CONDES. *(Con el mayor dolor.)*
Señor don Juan!
JUAN. Páselo usted bien, Condesa.
CONDES. (Se marcha! Y tendré valor?...)
(La Condesa se deja caer en una butaca abismada de dolor.—Al llegar Juan á la puerta del fondo, aparece Cárlos, que procura detenerle.)

ESCENA IV.

CONDESA.—JUAN.—CÁRLOS.

CARLOS. Oh, bromista sempiterno!
Dónde así, tan...
JUAN. *(Saliendo.)*
Al infierno!
CARLOS. Atiende!
JUAN. Eh!
(Váse.)
CARLOS. Vaya un humor!
CONDES. (Ah Marqués, Marqués!)
CARLOS. (Manía
original! Qué avechucho!)

ESCENA V.

CONDESA.—CÁRLOS.

CONDES. *(Saliendo precipitadamente al encuentro de Cárlos.)*
Cárlos, me aprecia usted mucho?
CARLOS. Lo duda usted, prima mia!
CONDES. Y hará usted cuanto le ordene
sin tardanza, sin demora?
CARLOS. Cuanto usted diga, señora.
CONDES. Gracias, don Cárlos.—Conviene
ante todo, que el secreto
no salga de entre los dos.
CARLOS. Pero, Condesa...
CONDES. Por Dios!
Prométalo usted.

CARLOS. Prometo.
CONDES. Ahora... sin dilacion...
y sea como se quiera,
vea usted de qué manera
puede buscarme un millon.
Joyas, mis adornos todos
puede usted enagenarlos;
que en ello me va, don Cárlos,
y por diferentes modos,
mas que la vida.
CARLOS. Condesa!
CONDES. Usted lo hará: no es verdad?
Si; yo fio en su amistad.
CARLOS. Le doy á usted mi promesa...
CONDES. Gracias, gracias. Le reitero
que lo busque hasta las dos;
y no olvide usted, por Dios!
con cuánta ansiedad lo espero.
(Váse.)

ESCENA VI.

CÁRLOS, *atónito.*—LUISA *despues.*

CARLOS. Para las dos! Y un millon!
Pues digo... es una bicoca!—
Pero qué tendrá mi prima
que me manda por la posta
buscarla un millon? No es nada!
Cincuenta mil!... Cá!... No es cosa!
LUISA. Aquí está usted, caballero?
CARLOS. Caballero? Si la enoja
mi presencia...
LUISA. No; por qué?
CARLOS. *(Hablando consigo.)*
Pero y dónde voy yo ahora?...
LUISA. En quién piensa usted?
CARLOS. En nadie.
LUISA. *(Picada.)*
Agradezco la lisonja!
CARLOS. (A las dos! Sí, á las dos dijo.)
LUISA. (Qué hablará solo?)

CARLOS. Señora
está usted muy distraida:
qué le pasa?
LUISA. No le importa.
CARLOS. (Qué dulzura!) Señorita!
LUISA. Caballero! Ese tono... Hola!
CARLOS. Perdone usted; pero al ver
nublada su faz de rosa,
y así...
LUISA. No he de estar siempre
riendo.
CARLOS. Cierto.
LUISA. Y esas sombras
que oscurecen su semblante,
de qué nacen?
CARLOS. Oh! Hay cosas
muy difíciles, muy árduas!—
Pero la que mi alma adora,
no me contará sus cuitas?
LUISA. Tambien callar me acomoda.
CARLOS. Secretito?
LUISA. Sí señor.
CARLOS. Mucho saberlo me importa.
LUISA. No le tiene usted tambien?
CARLOS. Oh, el mio es diferente!
LUISA. Oiga!
CARLOS. Media mi prima...
LUISA. Sí?
CARLOS. Cierto.
Y ya ve usted, ella sola
puede dispensarme de él.
LUISA. Le ha dicho que á Valdermosa
le está adeudando un millon?
CARLOS. Precisamente. (Esta es otra!
Ya concibo su premura!)
Con que ese Marqués hipócrita
lo reclama, no es verdad?
LUISA. Pobre Clara! En qué angustiosa
situacion se encuentra!
CARLOS. Luisa,
quiere usted poner por obra
lo que yo la diga?
LUISA. Y qué es?

CARLOS. Contar á don Juan la historia...
LUISA. Pero si Clara no quiere!
CARLOS. Es preciso á toda costa
que haga usted lo que la encargo,
si anhela de esas personas
el bien, la felicidad.
LUISA. Sí: ya lo creo! Con toda
mi alma.—Pero usted, don Cárlos,
por qué no lo hace?
CARLOS. Yo?... Ahora
no es posible... tengo que ir...
Adios, adios, Luisa hermosa!
(Luisa reflexionando á un lado de la escena.—Juan y Cárlos cerca de la puerta del fondo.)
JUAN. Oye, Cárlos...
CARLOS. Voy deprisa.
JUAN. Me urge mucho...
CARLOS. Dale bola!
JUAN. Te encargues de mis asuntos...
CARLOS. Sí, hombre, despues... ahora
estoy encargado de otro...
JUAN. Porque yo...
CARLOS. Sí, sí. (Qué posma!)
JUAN. Atiende...
CARLOS. Adios... que no puedo...
(Váse.)

ESCENA VII.

LUISA.—JUAN.

JUAN. Qué es esto?
LUISA. (Don Juan!)
JUAN. Hoy toda
la gente de esta casa anda
no sé cómo! Mala bomba!
(Reparando en Luisa.)
Ah!—Diga usted, le ha picado
á mi amigo alguna mosca?
LUISA. Yo no lo sé!
JUAN. *(Alzando la voz.)*
Niña, niña!

LUISA. (Ay, qué hombre tan trapisonda!)
JUAN. Usted trata mal á Cárlos!
No es verdad?
LUISA. (*Impaciente.*)
Y qué le importan
mis asuntos?
JUAN. Mucho.—Estamos?
LUISA. Pero...
JUAN. Calle usted, cotorra!
LUISA. (*Admirada.*)
Pues me gusta!
JUAN. Y por qué fué...
LUISA. Don Juan, usted se equivoca.
Si nos ve así, de este modo,
es porque el pesar agovia...
JUAN. A quién?
LUISA. A mi amiga.
JUAN. A Clara?
LUISA. Chist; silencio, no nos oiga!
JUAN. Y qué tiene? Vamos, pronto:
qué la aflije, qué la enoja?—
(*Paseándose.*)
Pero á mí qué se me da
que sufra, si desdeñosa,
diciéndome que me aprecia,
de mis tormentos se mofa?
LUISA. Sabe usted, señor Moncada,
que al verle asi, no me asombra
que el dia menos pensado
le vuelvan á Zaragoza?
JUAN. Tiene usted razon, Luisita;
la Condesa me trastorna
el juicio; sí, á mi pesar
siento aquí una fuerza incógnita
que me arrastra á donde está
esa mujer seductora,
que es á un tiempo mi alegría,
mi pena, mi infierno y gloria.
LUISA. No dé voces!
JUAN. Pero en fin,
qué pesares la acongojan?
LUISA. Son disgustos... ya ve usted,
nunca faltan! Se ve sola...

y luego el difunto Conde
gastó mucho, y estas bromas...

JUAN. No le hacen gracia al que hereda.
Y quiénes son?...

LUISA. (Me abochorna
decirle...)

JUAN. Esplíquese usted.

LUISA. El Marqués de Valdermosa...

JUAN. Clara le debe al Marqués?

LUISA. Que la persigue y la acosa
de una manera...

JUAN. (Me alegro.)

LUISA. Pero yo soy una boba
en contarle estos asuntos.

JUAN. Y á cuánto asciende la cuota?

LUISA. A un millon:

JUAN. Gran cantidad!

LUISA. No es muy grande.

JUAN. Que no? Sopla!
Pues ahí es nada! Y en esta
época calamitosa,
en que andan los ciudadanos
mas pobres que las langostas!

LUISA. Ah!

JUAN. (Cómo haria?... Sí; mi Pedro
es veloz como una corza!)

LUISA. (Con qué frialdad lo escucha!
Vamos, me he quedado absorta!)

JUAN. Señorita, mucho siento...

LUISA. (Malo!)

JUAN. No tener ahora
esa suma disponible.
Hoy he perdido á la bolsa...

LUISA. *(Con dignidad.)*
Nada le piden, don Juan.

JUAN. Crea usted, y no es bambolla,
que si yo pudiera...

LUISA. Gracias.
(Qué vergüenza!)

JUAN. Y en fin...
(Mirando al reloj.)
Hola!
Pues es tarde! Y tengo que...

Suplico á usted que me ponga,
bella Luisita, á los piés
de su amiga encantadora.
Abur.—(Huy, qué cara ha puesto
tan rara y dificultosa!)
(Sale.)

ESCENA VIII.

LUISA.—LA CONDESA *luego.*

LUISA. Me he quedado como el que
no sabe lo que le pasa!
Los hombres! Fíese usté!
Dónde están, su honor, su fé,
el fuego que les abrasa?
Jamás en don Juan creyera
que obrára de esta manera
en la presente ocasion!
Cómo buscó la escalera
al oir lo del millon!
CONDES. Ya llega el instante, oh cielo!
en que el Marqués se presente.
Tengo lumbre, aquí, en la frente,
al tiempo que en mi alma yelo!
LUISA. Sosiégate!
CONDES. Si supiera
don Juan cómo yo me hallo,
el dolor con que batallo
calmára, y mi pena fiera!
LUISA. Moncada! No me le nombres!
CONDES. Por qué, Luisa? Te importuno?
LUISA. Porque no hay bueno ninguno
entre esa canalla de hombres!
CONDES. Eso dices tú que estás
enamorada! Y por qué?
LUISA. Clara, no puedo, ni sé,
ni quiero decirte mas.
CONDES. De la reserva me estraño!
LUISA. No pretendas, no, saber,
pues te hará mal conocer
un amargo desengaño!

ESCENA IX.

Dichas.—CARLOS.

CARLOS. Vano ha sido... (Ah, qué imprudencia!)
CONDES. Don Cárlos, qué hay? Se ha encontrado?
CARLOS. Pero...
CONDES. Hable usted sin cuidado,
de mi amiga en la presencia.
CARLOS. *(Confuso.)*
Pues señora...
CONDES. *(Con dolor.)*
Sí, ya veo
en su rostro entristecido...
CARLOS. Mi comision ha tenido
mal resultado.
LUISA. Ah!
CONDES. Lo creo!
CARLOS. Contribuye... esto me abruma!
á aumentar nuestro embarazo,
el que en tan pequeño plazo
no se halla una grande suma.
CONDES. *(Desconsolada.)*
Dios mio!
LUISA. Y pronto vendrá
el Marqués por el millon!
CONDES. Al verme en tal situacion,
de mi orgullo se reirá!
Cuál crecen mis confusiones,
y mi ardiente sien palpita,
y mi corazon se agita
en este mar de emociones!
CARLOS. *(Mirando á Luisa con inteligencia.)*
A sus proyectos hostiles
no habrá quién ponga remedio?
LUISA. *(A Cárlos con ironía.)*
No señor.
CARLOS. *(Admirado.)*
Cómo! No hay medio?
CONDES. Ah!

LUISA. *(Aparte á Cárlos.)*
Son ustedes muy viles!
(Cárlos y Luisa concluyen el diálogo á media voz.—La Condesa distraida en sus pensamientos.)
CARLOS. Qué?
LUISA. No me hable usted ya mas!
CARLOS. *(Admirado.)*
Pero qué causa ó razon...
LUISA. Qué falsos los hombres son!
CARLOS. Luisa!
LUISA. Lo dicho.—Jamás.

ESCENA X.

Dichos.—MARQUÉS.

MARQ. Si interrumpo á ustedes...
CONDES. Cielos!
MARQ. Les pido humilde perdon.
LUISA. (Buena se va á armar!)
CARLOS. (Qué trance!)
CONDES. Por aqui usted? Tanto honor...
MARQ. Vengo, Condesa...
CONDES. (Me muero!)
MARQ. A aclarar un *quid pro quo.*
Por lo visto usted, señora,
en la entrevista anterior,
el sentido de mis frases
mal sin duda interpretó.
(Siempre quedo en buen concepto
con el paso que ahora doy!)
CONDES. Si usted no se esplica mas...
MARQ. Señora, solo un error...
la ha podido hacer creer
que la pedia...
CONDES. Ya estoy!
MARQ. Por esa causa tan sola
he venido aqui veloz
para ofrecerla esta suma
(Alargando una cartera.)
que usted me ha enviado.

CONDES. Yo?
CARLOS. } Cómo!
LUISA. }
CONDES. No entiendo...
MARQ. Condesa!
CONDES. Hable usted pronto, por Dios!
MARQ. Hace poco que en mi casa
ha estado un hombre, que no
conozco, el cual en billetes
de banco...
CONDES. (Qué confusion!)
MARQ. A nombre de usted me ha dado
con mucha urgencia el valor
de los cincuenta mil duros.
Un recibo me exigió
de dicha cantidad, para
su resguardo; y yo que soy
muy formal en mis asuntos,
accedí á su peticion.
CONDES. Pero Marqués, eso es cierto?
MARQ. Pues no lo sabe usted?
CONDES. (Oh!)
CARLOS. *(Aparte á Luisa.)*
Si será mi amigo Juan
de este beneficio autor?
LUISA. Es imposible!
CARLOS. Por qué?
LUISA. Porque no puede ser; no.
MARQ. (Creo que un papel ridículo
representando aquí estoy!)
CONDES. (Yo me confundo en un caos
de ideas! Mi salvador...
quién será?)
MARQ. *(A la Condesa.)*
Repito á usted
mi oferta.
CONDES. *(Distraida.)*
(Don Juan!... Ah, no!
Él todo lo ignora, todo!)
MARQ. Señora...
CONDES. Siento un dolor
tan intenso de cabeza...
Dispénseme usted...

MARQ. Oh!
CONDES. Despues, si usted tiene á bien
volverse por aquí...
MARQ. *(Con amabilidad.)*
Yo...
CONDES. Zanjaremos estas dudas.
MARQ. Lo haré asi.
CONDES. Marqués, adios.
(Váse.)
MARQ. *(A Luisa.)*
(No lo entiendo!) Señorita!
LUISA. Me es imposible...
(Sigue á Clara.)
MARQ. *(Aparte.)*
(Una coz!)
(A Cárlos.)
Digame usted, caballero:
qué sucede aquí?
CARLOS. *(Sin hacerle caso.)*
(Me voy
á ver si encuentro á Moncada,
y me esplica...)
(Váse por el fondo.)
MARQ. Oiga usted, don...

ESCENA XI.

EL MARQUÉS.

Por vida de mis deslices!
Qué desprecio tan marcado!
Magnífico! Me han dejado
con un palmo de narices?
Desde ayer adonde voy
va conmigo la desgracia!
Sí, seguro.
(Repara en don Juan, que aparece en la puerta del fondo pensativo y medio vestido de viaje.)
(Vaya en gracia!
Mi rival.—¿Qué pasa hoy
aquí, que todos están
como alelados? Quisiera

saber algo, aunque tuviera
que saberlo por don Juan.)

ESCENA XII.

MARQUÉS.—JUAN, *que sin mirar al Marqués, se situa en un lado del teatro.—Breve pausa.—Por fin se llega el Marqués á Juan.*

MARQ. *(Saludando.)*
Caballero!...
JUAN. *(Seco.)*
Servidor.
MARQ. No me podrá usted decir
qué pasa aquí?
JUAN. *(Idem.)*
No señor.
MARQ. No me quiere usted servir,
porque á mí me consta que
la Condesa le está dando
bastantes pruebas...
JUAN. No sé.
MARQ. *(Aparte.)*
Creo que se está burlando!
No finja usted; pues ya vi
que de ella mucho alcanzó.
No es esto muy cierto?
JUAN. Sí.
MARQ. Entonces sabrá usted...?
JUAN. No.
MARQ. (Volado estoy, voto á San!
Cuando yo vuelva despues...)
JUAN. Usted se va?
MARQ. Sí, don Juan.
Tambien usted?
JUAN. No, Marqués.
MARQ. *(Aparte.)*
Siento que vuelve... Quién sabe...
á renacer mi esperanza.
No pudiera una mudanza...
En las hembras todo cabe! *(Váse.)*
(Don Juan, siempre pensativo, se coloca á un

lado, de modo que al salir Luisa y la Condesa de su gabinete no le vean.)

ESCENA XIII.

CONDESA.—LUISA.—DON JUAN.

CONDES. En contarle hiciste mal
mi apurada situacion.
LUISA. Loable fué mi intencion:
ahora lo siento. El tal
Moncada! Se disculpó
diciéndome que en el dia
esta suma no tenia
disponible, y se largó.
CONDES. Entonces, Luisa, él no ha sido
quien me ha salvado!
LUISA. No, Clara.
JUAN. (Si supieran... si yo hablara!
pero no; estoy decidido!)
CONDES. En qué confusion me tiene
este suceso! Es preciso...
JUAN. *(Finjiendo llegar de la calle.)*
Si ustedes me dan permiso...
LAS DOS. Don Juan!
CONDES. (Qué pálido viene!)
(Con interés.)
Moncada, á usted le ha pasado
alguna cosa!
JUAN. Pardiez!
Desde la primera vez
que ví ese rostro encantado,
muchas me han pasado! Sí!
Y ahora que mi amor se trunca,
me sucede lo que nunca,
señora, al entrar aqui.
Pues en mi loca pasion
he concebido un proyecto,
al cual, al llevarle á efecto,
dará usted su aprobacion.

ESCENA XIV.

Dichos.—Carlos *agitado.*

Carlos. Me alegro encontrarte.—Dime;
conque es cierto que te vas
de la corte?
Condes. *(Asustada.)*
(Gran Dios!)
Luisa. *(Con viveza.)*
Cómo?
Carlos. Y al momento... Caso igual!
Juan. Sobre eso vine á buscarte
hace poco.
Carlos. Quita allá.
Yo que llego á su posada...
ustedes no estrañarán
mi asombro, cuando á sus fámulos,
viéndoles allí arreglar
cofres, maletas, etcétera,
les pregunto muy formal
qué es lo que ocurre, y me dicen
que el amigo se nos va
dentro de una hora á su tierra
en una peninsular.
Condes. *(Angustiada.)*
Conque usted se marcha!
Juan. Sí;
Cárlos dijo la verdad.
Y aunque de diversos modos,
en mi propósito firme,
he querido despedirme
á la vez de ustedes todos.
Al mirarla, Clara hermosa,
soñé una felicidad,
que rompió la realidad
de mi fortuna envidiosa.
Por eso, señora, yo
me alejo sin envidia, sin encono;
me alejo... mas la perdono
los males que me causó.

Cómo ha de ser! Me resigno
con mi suerte destructora:
de tanta dicha, señora,
conozco que no soy digno.

CARLOS. *(Entristecido.)*
Juan!

LUISA. *(A Clara.)*
No ves? Pobre Moncada!

CONDES. *(Reclina su cabeza en el pecho de Luisa.)*
(Ah!)

JUAN. (Cuán grande es mi tormento!
Correr las lágrimas siento
por mi mejilla abrasada!)

CARLOS. *(Cogiendo una mano á Juan.)*
Juan!

JUAN. *(Aparte á Cárlos.)*
Cárlos mio! Un papel
muy luego recibirás;
lo que en él te ordeno harás,
como amigo tierno y fiel.
A un criado de confianza
he dicho que te le diera
en cuanto de aquí partiera.
En él está mi venganza.

CARLOS. Qué dices? Ahora recuerdo
que en tu casa me le dió
un criado.
(Sacando una carta.)
Aqui está.

JUAN. (Oh!)
Torpe! (Si le lee me pierdo!)
(Pugnando por cogérsele.)
No le leas.

CARLOS. *(Desplegándola.)*
Quita allá!

JUAN. Qué vergüenza! Adios, adios.
(Se va precipitadamente por el foro.)

CARLOS. *(Repasa brevemente la carta, se la dá á la Condesa y sale corriendo detrás de Juan.)*
Cielos! Corro de él en pos!
Tome usted.
(Vase.)

ESCENA XV.

LUISA.—CONDESA.

LUISA. (*A la Condesa.*)
Lee, Clara
CONDES. Ah!
(*Lee en alta voz.*)
«Cárlos, cuando leas estas líneas, ya estaré le-
»jos de Madrid... lejos de la mujer cuyo re-
»cuerdo me acompañará al sepulcro.»—Ah!—
«Adjunto te incluyo el recibo, en el que consta
»que la Condesa ha solventado la deuda que te-
»nia con el Marqués.»—No me engañé!—«Jamás
»la manifiestes el nombre del que tuvo la dicha de
»darla una tan pequeña prueba de su amor.—
»Almas como la mia no necesitan otro agrade-
»cimiento que la satisfaccion que les redunda
»de hacer bien á sus semejantes.—Siempre
»tuyo.—Juan de Moncada.»
Ah! Qué alma tan noble y pura!
Aquí esta el recibo!
LUISA. Y yo
que creia...
CONDES. No me engañó
mi presentimiento! Dura
con él mi conducta ha sido!
Cómo remediar ahora?...
Pobre Clara! Llora... llora...
Ya don Juan habrá partido!

ESCENA XVI.

Dichas.—Aparecen en la puerta del fondo CÁRLOS *y* JUAN, *que se resiste á entrar.*

CARLOS. Entras, Juan, ó armo un escándalo?
JUAN. Cárlos!
CARLOS. No faltaba mas!

CONDES. *(Muy gozosa.)*
(El es!)
JUAN. Pero...
CARLOS. No te vas,
aunque...
JUAN. Bien, hombre: qué vándalo!
pero no paso de aquí.
(De vergüenza estoy corrido!)
CARLOS. Ya te vas dando á partido!
JUAN. Cárlos!
CARLOS. Yo hablaré por tí.
(Cárlos baja á la escena. Juan se queda retirado.)
Le traigo, prima, á la fuerza.
En la esquina le alcancé...
dió gritos... no le solté...
y aunque su intencion se tuerza...
En fin, Clara, soy su amigo,
y en esta ocasion solemne...
mírele usté allí perenne...
(Vamos, no sé lo que digo!)
LUISA. *(A la Condesa.)*
Si mi voto vale algo...
(Pausa.)
CONDES. Señor don Juan, adelante.
Si he de apreciar lo bastante
un proceder tan hidalgo,
es preciso que descienda
usted hasta aquí; si no,
admitir no puedo yo
su noble y leal ofrenda.
(Juan se va acercando poco á poco.)
Mi mano y mi corazon
ahora, don Juan, son de usté;
que si antes le esquivé,
no fué falta de pasion.
(Juan se arroja á los piés de Clara, que le abandona una mano.)
JUAN. Clara, Clara! Mi dicha es
grande y pura en en este instante.—
Permite á tu fiel amante
que se prosterne á tus piés.

ESCENA XVII.

Dichos.—El Marqués, *que se queda parado viendo á don Juan de rodillas.*

Marq. Ah!
Luisa. }
Carlos. } (Valdermosa!)
Condes. *(Aparte.)*
((Me alegro!)
Juan. *(De rodillas con ironía.)*
Marqués, no quiere usté entrar?
Qué te parece este grupo?
Vamos.—No es original?
Seria un cuadro de efecto
si un pintor algo sagaz
al delinearle pusiera
el bien aquí; ahí el mal.
Marq. Caballero!
Juan. *(Se levanta.)*
Tengo un gusto
muy grande y particular
en convidarle á las bodas,
que pronto se efectuarán,
de don Cárlos y esta niña,
de la Condesa...
(Besándola una mano.)
y... qué tal?
Marq. Gracias.--yo deseo á ustedes...
(Hecho voy un alquitran.)
(Vase.)

ESCENA ULTIMA.

Dichos, menos el Marqués.

Juan. Pobre Marqués! Lleva un dardo
clavado en el alma!
Carlos. (*A Juan.*)
Al fin
eres venturoso, sin

que sufras ningun retardo.

JUAN. Por una equivocacion
de mi criado, ahora gozo...
La torpeza de ese mozo
premiaré.

CONDES. Y con razon.

JUAN. Para colmo de alegría
en nuestras venturas todas,
Cárlos, se harán las dos bodas
á un tiempo, en el mismo dia.

LUISA. *(A Cárlos con enagenamiento.)*
Cárlos!

CARLOS. *(A Luisa.)*
Luisa, qué placer!

CONDES. *(A Juan.)*
Mi don Juan, mi bien, mi gloria,
siempre estará en mi memoria
grabado tal proceder!
Si te hice tantos agravios,
yo calmaré tus enojos,
dándote amor en los ojos,
dulces risas en los labios.

JUAN. Y yo, lleno de emocion
en cambio, Clara querida,
que pase haré nuestra vida
de ilusion en ilusion.
Y así, tal como me ves,
sin que á mi amor otro iguale,
conocerás lo que vale
Un hidalgo aragonés.

FIN DE LA COMEDIA

Pst! Pst
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La piel del diablo.
Si buenas ínsulas me dan.
El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia,
La Capa de Josef.
Alí-Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El sol de la libertad, loa.
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por caramb la.
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El chal verde.
Como usted quiera.
Un año en quince minutos.
Un cabello!
El don del cielo.
La esperanza de la Patria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo
No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS A TODA ORQUESTA.

Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Cosas de don Juan.
Una Aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El duende.
El duende, segunda parte.
Las señas del archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agua.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete. . .	D. Sebastian Ruiz.
Alcalá. . . .	Eladio Altés.
Alcoy. . . .	Viuda é hijos de Martí.
Algeciras. . .	Clemente Arias.
Alicante. . .	Pedro Ibarra.
Almagro. . .	Antonio Vicente Perez.
Almeria. . . .	Mariano Alvarez.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera . .	Joaquin Maria Casaus.
Aranda. . .	Manuel Martin Fontenebro.
Aranjuez . .	Gabriel Sainz.
Arévalo. . . .	José Espinosa.
Avila.	Pedro Baquero
Avilés. . . .	Ignacio García.
Badajoz . . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Francisco Fernandez.
Baeza.	Francisco de P. Torrente.
Barbastro. . .	Mariano Ferraz.
Barcelona . .	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Baza.	Joaquin Calderon.
Bejar	Vicente Alvarez.
Berja.	Francisco Asís de Robles.
Bilbao. . . .	Nicolas Delmas.
Borja	Manuel Marco Cadena.
Burgos. . . .	Timoteo Arnaiz.
Cabra.	Manuel Rendon.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz.	Viuda de Moraleda.
Calatayud . .	Bernardino Azpeitia.
Carrion . . .	Luis Agudo Luis.
Cartagena. . .	Juan Maestre.
Cervera. . . .	Joaquin Gasset.
Chiclana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Viuda de Gallego.
Córdoba . . .	Rafael Arroyo.
Coruña. . . .	José Lago.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Écija.	Julio de Giuli.
Figueras. . .	José Conte Lacoste.
Gerona. . . .	Francisco Dorea.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada. . .	José María Zamora.
Guadalajara .	Fermin Sanchez.
Habana. . . .	Charlain y Fernandez.
Haro. . . .	Pascual de Quintana.
Huelva. . . .	José V. Osorno é hijo.
Huesca. . . .	Bartolomé Martinez.
Igualada. . .	Joaquin Jover y Serra.
Jaen. . . .	José Sagrista.
J. la Frontra.	José Bueno.
Leon	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	Manuel de Zara y Suarez.
Llerena . . .	Bernardino Guerrero.
Lisboa. . . .	Silva Junior.
Loja. . . .	Juan Cano.
Lorca. . . .	Francisco Delgado.
Lugo. . .	Manuel Pujol y Masia.
Lucena . . .	Juan Bautista Cadena.
Málaga . . .	D. Francisco de Moya.
Manila. . . .	Ramon Somoza.
Manresa. . .	Manuel Sala.
Manzanares. .	Dimas Lopez.
Mataró. . . .	José Abadal.
Medina Sidon.	Francisco Ruiz Benitez.
Mérida. . . .	Manuel de Bartolomé Diez
Mondoñedo. .	Francisco Delgado.
Murcia . . .	José Galan.
Orense. . . .	José Ramon Perez.
Oviedo. . . .	Bernardo Longoria.
Palencia. . . .	Gerónimo Camazon.
Palma. . . .	Pedro José García.
Pamplona. .	Viuda de Ripa.
Paris.	Lassale y Melan.
Plasencia . .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Manuel Verea y Vila.
Priego. . . .	Gerónimo Caracuel.
P. Sta. María .	José Valderrama.
Requena. . .	Antolin Penen.
Reus.	Pedro Moluer.
Rioseco. . . .	Marcelino Tradanos.
Rivadeo. . .	Francisco F. de Torres.
Ronda. . . .	Rafael Gutierrez.
Rota.	Pedro Gomez de la Torre.
Salamanca. .	Rafael Hueba.
S. Fernando.	José Tellez de Meneses
San. Lucar. .	José Maria del Villar.
Sta. Cruz Tf.	Manuel Sabore.
S. Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Santander. .	Pedro Basañet.
Santiago. . .	Bernardo Escribano.
Segovia. . . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla. . . .	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fé.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona . .	José Pujol.
Teruel. . . .	Vicente Castillo.
Toledo. . . .	José Hernandez.
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
Tortosa. . .	Crescencio Ferreres.
T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Tuy.	Manuel Martinez de la Cruz.
Valencia. . .	Francisco Mateu y Garin.
Idem.	Francisco de P. Navarro.
Valladolid. .	Felix Mateo.
Valls.	Cayetano Badía.
Velez Málaga	Antonio Maria Cebrian.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vigo.	José Maria Chao.
Vill. y Geltrú	Magin Bertran.
Vitoria. . . .	Bernardino Robles.
Ubeda. . . .	Francisco de P. Torrente.
Utrera. . . .	Juan de Alba.
Zafra	Juan de Dios Hurtado.
Zamora. . .	Manuel Ceno.
Zaragoza . .	Viuda de Polo.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral, casa Astrarena.